

# **LATIDOS DEL PIADOSO**



**Una filosofía del ministerio**

**KEITH E. KNAUSS**



# *Dedicación*

Para La exaltación del Salvador y  
La motivación de sus siervos

# TABLA DE CONTENIDO

TABLA	II
INTRODUCCIÓN	III
CAPITULO 1: <i>Llamamiento y Compulsión</i>	01
CAPITULO 2: <i>El Predicador y el Púlpito</i>	03
CAPITULO 3: <i>Carácter y Conducta</i>	07
CAPITULO 4: <i>La Predicación y la Oración</i>	09
CAPITULO 5: <i>La Carga y La Bendición</i>	11
CAPITULO 6: <i>Santo y Pecador</i>	13
CAPITULO 7: <i>Debilidad y Necesidades</i>	15
CAPITULO 8: <i>Desánimo y Depresión</i>	17
CAPITULO 9: <i>Peligros y Privilegios</i>	21
CAPITULO 10: <i>El Hombre y el Mensaje</i>	25
CAPITULO 11: <i>El Espíritu y el Éxito</i>	29
CAPITULO 12: <i>Polen y Predicación</i>	33
CAPITULO 13: <i>Libros y Ocupaciones</i>	35
CAPITULO 14: <i>Dedicación y Compromiso</i>	37
CAPITULO 15: <i>Entretenimiento y Exhortación</i>	39
CAPITULO 16: <i>El Asombro y la Palabra</i>	41
CAPITULO 17: <i>Compañera y Hogar</i>	43
CAPITULO 18: <i>Eerudito y Estudiante</i>	45
CAPITULO 19: <i>Consolador y Consejero</i>	49
CAPITULO 20: <i>Las Iglesias y el Cambio</i>	51
CAPITULO 21: <i>Vitalidad y Visión</i>	55
CAPITULO 22: <i>Presente y Perspectiva</i>	57

# Introducción

Qué movimiento fue aquel cuando el bendito Espíritu Santo, movido por una compasión infinita, descendió y recogió en sus brazos a este mundo azotado por el pecado y lo revoloteaba con una carga indescriptible. La carga por un mundo moribundo no ha desaparecido, sino que se ha transmitido, en cierta medida, a aquellos que han sentido con fuerza el llamado de Dios sobre ellos.

Santos hombres de Dios han venido caminando encorvados bajo el peso inconmensurable de la Palabra Divina y de una Obra Exigente. Han venido atravesando el tumulto de sus tiempos, la voz de Uno clamando en el desierto. Tales hombres han sido declarados la escoria de un mundo indigna de ellos, derramando sobre sus propios corazones una carga repugnante de desprecio y condenación por su propia indignidad e ineptitud. Juan sintió tal indignidad personal mientras caminaba por el desierto señalando a los hombres al Cordero de Dios. Aquel evangelista vestido de cuero venía con el dulce sabor de la miel en la boca, pero con la autoridad divina en la voz; todo el tiempo confesándose indigno de siquiera inclinarse y desatar la correa de las sandalias de su Señor.

Grande es la carga de ese santo llamamiento y grandes son las consecuencias de descuidarlo. Es un incesante Getsemaní que asedia el corazón, la mente y el alma de quien tiene el privilegio de presentarse ante los hombres en lugar de Dios. Pablo experimentó esto y dijo: “Ay de mí si no predico el Evangelio”. El santo Alexander Whyte expresó ese temible sentimiento, cuando habló del tumulto del corazón del pastor: “¡Oh, hermanos míos, las oportunidades que nunca podrán ser redimidas de nuestros púlpitos; y la culpa duradera por Dios y de nuestro pueblo, y de nuestras propias conciencias, por el mal uso y el descuido de nuestros púlpitos! Roca de la eternidad, abierta tu por los ministros”

Que el bondadoso Espíritu Santo se complazca en tomar esta presentación de pensamientos recopilados de santos hombres de Dios, tanto del pasado como del presente, y captar su latido para nosotros. Que El considere apto avivar el fuego dentro de nuestros corazones y renovar nuestra determinación de magnificar nuestro oficio, de entregarnos a la obra de Dios, de trabajar a tiempo y fuera de tiempo, de hacer el bien y no ofender, para que tanto el ministerio como nosotros mismos seamos elevados por encima de todo reproche de hombres imparciales.

- Keith E. Knauss -



## CAPÍTULO 1

# Llamamiento y Compulsión

El llamado del Eterno debe resonar en los corredores del alma de un hombre tan claramente como el sonido de la campana de alarma de la mañana llama a los hombres a sus labores. Las circunstancias pueden ser diferentes, pero el llamado es igual de definitivo.

Allí está Amós, un pobre pastor, meditando profunda y solitariamente entre los escasos pastos de Tecoa. Le llegan rumores de oscuras acciones en los lugares altos. La riqueza engendra prodigalidad. El lujo produce insensibilidad. La injusticia es rampante. La verdad ha caído en las calles. Mientras Amós meditaba, “el fuego ardía”, y en aquellos páramos solitarios oyó un llamado misterioso y vio una mano que le llamaba. Para él no había alternativa. “Y el SEÑOR me tomó de tras el ganado, y díjome el SEÑOR: Ve, y profetiza a mi pueblo Israel.”

No podemos decir cómo nos llegará ese llamado, ni cuál será la manera de su llegada. Puede ser que el constreñimiento divino sea tan suave y gentil como una mirada. Puede ser que el constreñimiento se apoderará de nosotros con un agarre fuerte e invisible, como si estuviéramos bajo la custodia de una mano de hierro de la que no podemos escapar. Isaías escribió: “El SEÑOR me dijo de esta manera con mano fuerte”. El llamado de Dios se apoderó de Isaías con un fuerte apretón que lo aprisionó como un vicio. Fue arrastrado por la coacción divina. Como a Pablo, se le “impuso la necesidad”. Estaba en ataduras y debía obedecer.

Es dudoso que Dios considere algún llamamiento en la tierra como más elevado o sagrado que el del ministerio. Henry Ward Beecher dijo en una conferencia a los estudiantes de Yale: “Dios está a la puerta del vientre de la naturaleza y llama a los hombres a nacer. Cuando nace una cuarta parte del hombre, Él dice: ‘¡Hazte a un lado! Cuando nace la mitad del hombre, vuelve a decir: ‘¡Hazte a un lado! Cuando nacen las tres cuartas partes del hombre, Él sigue diciendo: ‘¡Hazte a un lado! Pero cuando nace un hombre entero, Dios dice: ‘Venid, ¡aquí está mi predicador!’”

Mira los títulos con los que Dios dignifica a Sus predicadores. Son llamados Mensajeros, Vigilantes, Obreros, Testigos, Maestros, Pastores, Evangelistas, Ministros, Mayordomos, Profetas, Embajadores, etc. Los ministros deben sentir la dignidad peculiar y la inconmensurable importancia de su trabajo y llamamiento, y magnificar su oficio y hacerlo honorable.

“Ni nadie toma para sí mismo esta honra, sino el que es llamado de Dios” (Hebreos 5:4). Ningún embajador se nombra a sí mismo para representar a su país en una corte extranjera. Es invitado por el Presidente, el Rey o el Emperador. Así, un hombre debe esperar el llamado de Dios para predicar. Un mero deseo de predicar por la respetabilidad del mismo, o por su publicidad o notoriedad, es simplemente despreciable. “¿cómo predicarán si no fueren enviados?”

Nuestro Señor no llamó a hijos del placer de manos suaves y dedos de lirio para anunciar su mensaje salvador. Bajó al mar y llamó a algún pescador bronceado y musculoso con manos callosas, acostumbrado a tirar de los remos en medio de las feroces tormentas de Genesaret. Dios llamó a hombres que eran hombres de verdad.

Piensa en Pablo. Puede que fuera pequeño de estatura, pero era enorme de corazón. Comprueba la asombrosa lista de cosas que soportó (I Cor. 11:23-28). Después de nombrar veintitrés experiencias increíbles, como si no fueran suficientes, Pablo añadió: “Además de esas cosas... ¡el cuidado de TODAS las iglesias”. Esa era una carga mayor que la que podría soportar cualquier caña sacudida por el viento. Sin embargo, con el peso de todas las iglesias sobre él, Pablo todavía tenía la vitalidad para recorrer lo largo de la Vía Appia hacia Roma con el fuego en sus ojos y la conquista en su alma, y convertirse en un terror tal para los malhechores que el diablo tuvo que matarlo para deshacerse de esa personalidad que todo lo conquistaba.

Piensa en ese hombre llamado Martín Lutero, cuyas palabras eran espadas ardientes, que pisó el campo de su época como un gigante acorazado, ¡el sonido de sus pisadas se oyó en Roma e hizo temblar a los papas! La influencia magnética de su vida magistral sigue marchando como un ejército con estandartes. Entonces, como siempre, Dios eligió con su mano a sus hombres, y ellos siguieron adelante con la impresionante conciencia del llamado y compulsión divinos.

## CAPÍTULO 2

# *El Predicador y el Púlpito*

---

El predicador tiene más que ver con el espíritu de los tiempos que con el espíritu de la época. Un predicador no debe estar inmerso en el AHORA. Él escucha las reverberaciones de todas las olas que alguna vez golpearon las costas de la historia humana. Abarca todos los tiempos. Es pariente consanguíneo de las divinidades del tiempo y de la eternidad.

El atractivo de la predicación es el atractivo de las hazañas y los logros, y si la predicación del Evangelio no es totalmente necesaria, es totalmente innecesaria. A menos que el ministerio de un hombre sea trascendental, él mismo es trivial.

Nunca pierdas la maravilla de la predicación. Predica con esa maravilla en tu voz. Camina por este reino de maravillas con el maravilloso viento abanicando tu rostro. Tú eres pariente de esta tierra de Dios; esta tierra Beula donde las bienaventuranzas caen para siempre. Predicador, siempre vives al borde de los milagros. Nuestro Dios puede hacer que los huesos secos vivan. No te conviertas en un hueso seco con toda la maravilla perdida.

Los predicadores son hombres de meditación. Somos parientes de los cielos. Llevamos esta atmósfera celestial. Caminamos por los encendidos esplendores del Todopoderoso y no sentimos que nuestros pies descalzos se quemen al caminar por esos fuegos. Para tales situaciones fuimos creados. “He aquí viene el soñador”, decían burlonamente los hermanos de José. Pero el sueño de José se convirtió en el proveedor de Egipto y en el salvador de aquellos hermanos insensatos. Ese soñador fue el revelador y distribuidor del pan.

La predicación que no enriquece el cielo ni empobrece el infierno no es digna de ese nombre. Quien quiera tener éxito como pescador de hombres debe dar forma a sus sermones con ese fin. Debe descender de las brillantes generalizaciones de la verdad a las que todo el mundo puede asentir con deleite y descender a los particulares, y hacer del texto un “así dice el Señor” para la conciencia y el corazón individuales.

Que el embajador, por cuyos labios el Dios vivo habla a los moribundos, esté despierto a la situación. Tal vez tenga cuarenta minutos para despertar a un auditorio de la estupefacción de la mundanidad para que se dé cuenta de la importancia de las cosas espirituales. Cuarenta minutos para romper el hechizo del pecado sobre una multitud de corazones, e inducirlos a prepararse para encontrarse con su Dios.

Cuarenta minutos para hacer que los oídos sordos escuchen la voz del Espíritu. Cuarenta minutos para resucitar a los muertos. ¡Cuán terrible es que prostituya su oratoria y su oportunidad para atraer a una multitud y ganarla para sí y no para Cristo!

Un predicador no es un gran hombre, pero debe predicar grandes asuntos. Algunos hombres predicán que parecen ser como secretarios en una pobre tienda. Están muy ocupados, pero no tienen bienes.

Un hombre no tiene derecho a pedir la asistencia y atención de un pueblo a menos que tenga algo que decir. Bienaventurado aquel pastor de quien su pueblo dice: “Él siempre tiene algo fresco para nosotros de la Palabra de Dios”.

Muchos podrían retirarse a sus hogares después de algunos sermones y compartir los sentimientos de Robert Louis Stevenson, quien escribió en su diario estas palabras “Fui a la iglesia hoy y no estaba muy deprimido”. Si nuestra predicación deja a los oyentes en ese estado mental, ¿Vale la pena hacerlo?

Gladstone acusó a los púlpitos de su época de no ser lo suficientemente severos con sus congregaciones. “No se apoderan lo suficiente de las almas y conciencias de sus oyentes, de sus obligaciones morales, ni sondean sus corazones, ni llevan toda su vida y acción ante el tribunal de la conciencia”.

La gente quiere que se hable de todo lo que hay en ellos excepto de su conciencia. O como dijo alguien: “Nos gusta mentirnos sobre nosotros mismos”. En cualquier época en que los hombres hayan predicado la Palabra de Dios, han tenido que tener en cuenta esa realidad. En los días de Amós e Isaías quedó registrado que los hombres decían: “Decidnos cosas halagüeñas”, y que el deseo y la demanda son siempre recurrentes. El difunto obispo Gore lo expresó de esta manera. “La enfermedad de la predicación moderna es su popularidad”. El verdadero predicador, sin embargo, eleva su voz por encima del clamor popular de los hombres por cosas suaves y emite el precioso contenido de las Escrituras con un “Así dice el Señor”.

Se necesitan predicadores que sean maestros en el manejo de la Espada del Espíritu. Dios tenía un hombre así en Natán cuando David necesitó enfrentar su pecado. Oh, si nuestros predicadores tuvieran algo como la habilidad de Natán, su sabiduría de serpiente y su instancia evangélica, la espada de Natán estaba a una pulgada de la conciencia del Rey antes de que David supiera que Natán tenía siquiera una espada. Un empujón repentino y el rey estuvo a los pies de Nathan.

Predica entonces con fervor. El fervor proviene del corazón movido por el Espíritu Santo. Un ministro puede gritar y chillar hasta que le falla la voz, puede caminar de un lado a otro en el púlpito como un tigre en su jaula, puede pisotear y golpear la Biblia, puede mirar el aire y cansarse a sí mismo y a su audiencia con manifestaciones violentas. y, sin embargo, carecer por completo de verdadero fervor.

El fervor más intenso a menudo someterá el espíritu, el tono y la manera del predicador y así evitará todo bullicio en la expresión y el comportamiento. El verdadero fervor no se puede asumir ni falsificar. Debe ser el genuino fluir del alma.

Spurgeon dijo: “Aquel que golpea el aire y grita, delira y patea el suelo no significa nada; y cuanto más un hombre realmente quiere decir lo que dice, menos vehemencia vulgar habrá.”

Para algunos hombres, predicar es navegar sobre un charco. Para tales hombres, la predicación es una actuación infantil. Un hombre grande en una tarea trivial es ridículo.

¡Alimenta a mis ovejas! Las ovejas dependen en gran medida de sus pastores para la riqueza o la pobreza de sus provisiones. Para llevar este pensamiento a nuestros corazones, se nos considera responsables, por nuestro mismo llamamiento, de alimentar a las almas inmortales. Ellos nos esperan comida espiritual y satisfacción.

Cuando hombres y mujeres vienen a nuestra mesa espiritual con anhelos y deseos dolorosos, deben encontrar tal provisión que los despida con las palabras del salmista en sus labios: “Porque sació al alma menesterosa, y llenó de bien al alma hambrienta.”

La tarea del profeta es llenar el púlpito, no los bancos. En ninguna parte del Nuevo Testamento el tamaño de la multitud es el criterio de una buena predicación. Nuestro Señor a veces predicaba a su multitud. No es asunto nuestro hacer que el mensaje sea aceptable, sino hacerlo disponible. No es asunto nuestro hacer que a los hombres les guste, sino asegurarnos de que lo reciben.

El nuestro es el sagrado privilegio y la responsabilidad de retirar los velos, quitar las barreras y llevar a los hombres cara a cara con Dios. Nuestros oyentes perdonarán gentilmente nuestros extraños gestos, nuestro suicidio del habla y la pobreza de la presentación, si a través de ese mensaje llega algún toque auténtico de lo invisible; un profundo y subyugante sentido de lo eterno. Cuando nuestra predicación hace que los hombres vean a Cristo e impulsa a los oyentes a orar, usted puede estar seguro, a pesar de sus defectos, que en verdad es una predicación.



## CAPÍTULO 3

# *Carácter y Conducta*

---

J. D. Jones dijo: “La única condición indispensable de nuestra utilidad y éxito en la obra del ministerio es que seamos hombres buenos, hombres de vida pura y santa, hombres de Dios. Podemos ser buenos ministros sin ser eruditos ni elocuentes, pero no podemos ser buenos ministros sin ser buenos hombres. El efecto de nuestras palabras dependerá de nuestras vidas, porque siempre es el hombre detrás del discurso quien ejerce el poder”.

El predicador ES el sermón. No importa cuál sea su teoría, su carácter, conducta y personalidad predicando a cada espectador.

El púlpito puede ser el centro de un poder abrumador, y puede ser el escenario de un trágico desastre. No es probable que una iglesia se eleve por encima de su pastor en espiritualidad y conducta. El viejo dicho sigue vigente: “Tal será el pueblo como el sacerdote”

Andrew Murray dijo: “El primer deber de todo clérigo es rogar a Dios, muy humildemente, que todo lo que quiere que se haga en sus oyentes se haga primero plena y verdaderamente en él mismo”.

Dios hace un hombre; el hombre hace un ministerio; el ministerio hace una iglesia. Phillip Brooks comentó: “El pastor debe ser un predicador para que pueda mantener viva la dignidad de su trabajo. El predicador que no es pastor se aleja. El pastor que no es predicador se vuelve mezquino”.

Predicador, ama a tu Señor, ama a tu gente y ama a los perdidos. Amar predicar es una cosa; amar a aquellos a quienes predicamos es otra muy distinta. A menos que un hombre sea un buen amante de la gente, positivamente no tiene nada que hacer en el ministerio. Si la gente lo pone a prueba, si secretamente desprecia a la multitud, si en sus momentos más triviales y privados piensa que la gente es inferior, y en su pensamiento secreto la clasifica, entonces debe abstenerse del ministerio. No nos atrevemos a llamar a nadie común o impuro. Amar a Cristo y no amar a aquellos a quienes Dios nos ha llamado a ministrar es prácticamente imposible.

No es un problema predicar, pero es un gran problema construir un predicador. Cuando Giezi fue a la orden de Eliseo para resucitar al muerto, llevó consigo el bastón del profeta; pero no ocurrió ningún milagro, porque la virtud del bastón fue anulada por las manos que lo sostenían. Puede ocurrir que estemos tan ocupados preparando nuestros sermones que omitamos la preparación de nosotros mismos. ¡Guárdate con toda diligencia!.

El ministro no debe fallar en los grandes asuntos de la moralidad, la honestidad y la integridad. Su vida privada debe estar siempre en sintonía con su ministerio, o su día llegará pronto, y cuanto antes se retire, mejor, pues su permanencia en su cargo sólo deshonrará la causa de Dios y se arruinará a sí mismo.

Sé apto para tu trabajo, y nunca estarás fuera de él.

Dios prepara al hombre para lo que le está preparando. Antes de que Dios trabaje A TRAVÉS de un hombre, Él trabaja EN un hombre, porque el trabajo que hacemos es el resultado de la vida que vivimos. No es de extrañar que Alexander Whyte dijera a un grupo de estudiantes de teología: “Una congregación os espera, para ser hecha por vosotros, después de que seáis hechos por Dios”.

Cualquiera que sea el “llamado” que un hombre pretenda tener, si no ha sido llamado a la santidad, ciertamente no ha sido llamado al ministerio.

La prioridad del pastor es vivir obedientemente ante el Señor. El Dr. Clarence Macartney lo escribió bien: “Cuanto mejor es el hombre, mejor es el predicador. Cuando se arrodilla junto al lecho del moribundo o cuando sube las escaleras del púlpito, toda abnegación que haya hecho, toda tolerancia cristiana que haya mostrado, toda resistencia al pecado y a la tentación, volverán a él para fortalecer su brazo y dar convicción a su voz. Del mismo modo, cada evasión del deber, cada indulgencia con uno mismo, cada compromiso con el mal, cada pensamiento, palabra u obra indignos, estarán allí a la cabeza de la escalera del púlpito para encontrarse con el ministro el domingo por la mañana, para quitarle la luz de sus ojos, el poder de su golpe, el timbre de su voz y la alegría de su corazón.”

## CAPÍTULO 4

# *La Predicación y la Oración*

Pon la Palabra de Dios en la mano de cualquier hombre, y abre de par en par el Trono de Gracia ante él, y no necesitarás la omnisciencia para decirte el verdadero valor de ese hombre. Si él deja que su Biblia permanezca sin abrir y sin leer, si deja que el trono de gracia de Dios permanezca hasta la muerte, sin uso y sin desearlo, si la profundidad y la altura, la nobleza y la magnificencia, la bondad y la belleza de las cosas divinas no tienen dominio sobre él, y no le atraen, entonces no deseas conocer la mezquindad de la mente de ese hombre. ¡Mira lo que ha elegido! ¡Mira y llora por lo que ha descuidado y ha perdido para siempre!

El hombre que está mucho en oración instintivamente encuentra el jardín de Dios, sus especias fragantes y su aire maravillosamente vigorizante, y puede guiar a otros a él. Los hombres nunca aprenden a orar en público; aprenden en privado. Si nunca estamos en Getsemaní cuando estamos solos, no encontraremos nuestro camino allí con la multitud.

E. B. Earle, el famoso evangelista Bautista, dio esta observación: “He notado que tan pronto como los pastores se han derretido y han guiado el camino, las iglesias por lo general les han seguido rápidamente.”

S. D. Gordon escribió: “Lo más grande que alguien puede hacer por Dios o por el hombre es orar. No es lo único, pero es lo principal. La gente grande de la tierra es la gente que ora”.

La eternidad revelará que los mayores benefactores de la palabra son los hombres de oración. Sir Isaac Newton, el científico inmortal, dijo: “Puedo tomar mi telescopio y mirar millones y millones de millas en el espacio, observar los soles resplandecientes y los planetas rodantes en las profundidades infinitas de la inmensidad; pero puedo dejarlo a un lado y entrar en mi habitación, cerrar la puerta, ponerme de rodillas en ferviente oración, y ver más del cielo y acercarme más a Dios que cuando estoy asistido por todos los telescopios y dependencias materiales de la tierra”.

Que el hombre de Dios bañe sus sermones con el rocío del cielo en respuesta a la oración, y habrá un descongelamiento de los corazones fríos, una fusión de los alienados, un encendimiento del amor, y un hambre de Dios y de las almas que es en sí mismo un avivamiento. Dios responderá a la oración ferviente. Que el que conduce el carruaje del Señor no se asuste por el fuego del Espíritu Santo.

Alexander Whyte dijo: “Nuestro oficio es el ‘Sacerdocio Real’. Dios dijo: ‘Preguntadme de las cosas por venir; mandadme

acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos.’. ¡Qué cosa es que Dios se quede con el hombre! ¡Qué oficio tan magnífico! ¡Escuchadle! El Rey extiende Su cetro. Él ha ordenado tu petición”.

Oremos, pues. Dios quiere compartir con nosotros. Él nos permite ser los arquitectos de nuestros propios estados y los creadores de nuestras propias fortunas.

La aceptabilidad y el poder de la oración están en proporción directa con el secreto y la espiritualidad de la misma.

Señor, enséñanos a orar. Ejercita la imaginación al orar. Napoleón dijo una vez que “los hombres de imaginación gobiernan el mundo”. También gobiernan el púlpito. La imaginación, tal como Dios en su bondad la dio al principio al hombre, es nada menos que el atributo intelectual más noble de la mente humana. Sin embargo, la imaginación es mucho más para el hombre de mente espiritual que un atributo intelectual.

Nunca descuides la imaginación al orar. Nunca cierres los ojos e inclines las rodillas para orar, sin abrir al mismo tiempo los ojos de tu imaginación. No cierres tus ojos exteriores sin abrir al mismo tiempo los ojos de tu hombre interior. Deja que tu imaginación recorra todo el cielo visible, hasta el cielo de los cielos. Deja que recorra y vuele en alas brillantes más allá del sol, la luna, las estrellas. Deja que deje muy atrás a Orión y las Pléyades. Deja que su corazón se hinche y palpite al darse cuenta de que Dios hizo todas estas cosas, el Dios al que te acercas en oración.

Orar, con la imaginación totalmente despierta y totalmente empleada, pronto absorberá toda tu alma en sí misma. Entonces estarás “orando siempre”. Habrás puesto tus ojos y tus manos en Dios.

Considera los cielos, la obra de Sus dedos, la luna y las estrellas, que Él ha ordenado; considera también los cielos intelectuales, ángeles y arcángeles, querubines y serafines; considera también la humanidad, hecha a la imagen de Dios; considera a Jesucristo, la imagen expresa de Su persona; considera una eternidad pasada y una eternidad venidera, y la revelación de ello que se nos hace en la Palabra de Dios y en los corazones de Su pueblo, y te desafío a pensar de otra manera que no sea magníficamente de Dios. Y LUEGO, DESPUÉS DE TODO ESTO, te desafío igualmente a que olvides, o descuides, o restrinjas la oración. Una vez que comiences a pensar correctamente de Aquel que es el que escucha la oración, y que espera, en toda Su magnificencia, ser bondadoso contigo, te desafío absolutamente a que sigas viviendo la vida que vives ahora.

T. DeWitt Talmadge dijo: “Muéstrenme un hombre que ore, y su fuerza y poder no podrán ser exagerados. ¿Por qué? ¡Sólo denle a un hombre este poder de oración y le darán casi omnipotencia!”

## CAPÍTULO 5

# *La Carga y la Bendición*

---

A Hércules se le representa inclinado, encorvado, soportando el peso del mundo. El aplastamiento de la carga del predicador lo rompería contra la tierra a menos que tenga un “pronto auxilio en las tribulaciones”.

Charles E. Jefferson dijo: “Un pastor no puede brillar. No puede hacerse notar. Su trabajo debe hacerse en la oscuridad. Su trabajo exige una abnegación continua. Es una forma de servicio que devora la vida de un hombre. Hace al hombre viejo antes de tiempo. Todo pastor da la vida por sus ovejas”.

El hombre que se compromete a inducir a un montón de carneros maduros y de corazón duro, con cuellos rígidos y cuernos robustos, a sentarse a los pies de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida, y a permanecer allí hasta que hayan aprendido sus lecciones, pronto descubrirá que tiene una tarea que no se parece a la recreación. Es mejor que el pastor se dé cuenta desde el principio de lo que le espera. Conocerá la carga en abundancia.

El trabajo del ministro nunca termina. No empieza a las ocho de la mañana y termina a las cuatro de la tarde. No puede dejar su carga en la fábrica. Cuando un pastor se identifica simpáticamente con las necesidades de su pueblo, nunca llega el momento en que está libre. Su iglesia está con él cuando se sienta y cuando se levanta, y va con él en todos sus caminos. Si sus pensamientos se elevan al cielo, los santos de su rebaño están allí necesitando ser más santos de lo que realmente son. Si en alguna hora oscura su corazón se acuesta en el infierno, puede encontrar allí a algunos de sus miembros. Incluso la noche es luminosa para él, porque la oscuridad nunca oculta a los ojos del pastor fiel los rostros suplicantes de aquellos que buscan su ayuda.

El resto de la vida de un pastor será siempre encontrarlo preparándose para el próximo domingo. Ningún hombre en el ministerio activo escapa jamás de ese sentido de responsabilidad. Siempre está ahí, como la fuerza de la gravedad. Y nunca hubo un sermón que no se hubiera podido mejorar con una o dos horas más de duro trabajo.

Si alguna vez un hombre encuentra que el trabajo del ministerio se vuelve manejable y superable, una vocación comprensiva sin tensión ni ninguna carga agobiante de cuidado, hay que compadecerlo, no felicitarlo: porque ha perdido tan flagrantemente el contacto con Aquel cuyo ministerio de reconciliación sólo podía realizarse y cumplirse a través de Getsemaní y el Calvario.

El trabajo del ministerio es muy difícil. Ian Macpherson en su libro, *La Carga del Señor*, hace esta observación, “Ningún hombre que no esté preparado para trabajar hasta la muerte tiene ningún derecho en el ministerio. ¿Dónde hay una criatura más despreciable que aquel que se escatima a sí mismo en la causa de Cristo? ¿Y cómo puede predicar convincentemente el Evangelio de la Cruz alguien que habitualmente se toma las cosas con calma? Simplemente no se puede hacer”.

El consejo de Spurgeon a sus estudiantes ministeriales era: “Mátense con el trabajo, y luego oren para revivir”.

El trabajo en la viña del Señor pasará factura a cualquier persona dedicada. Sólo tres años en el ministerio hicieron de nuestro Señor un anciano. Los judíos hacían conjeturas sobre su edad. “Aún no tienes cincuenta años” (Jn 8:57). ¡Cincuenta años! ¡Sólo tenía treinta! Los días de trabajo y las noches de oración le habían pasado factura.

No es de extrañar que Pablo exhalara en voz alta el temor continuo de su corazón: “¡Ay de mí si no predico el Evangelio!”. Tan grande es la carga del ministerio y tan grandes son las consecuencias de descuidarlo, que hay un incesante Getsemaní asediando el corazón y la mente de quien tiene el privilegio de presentarse ante los hombres como la voz de Dios. No nos atrevemos a desfallecer, no nos atrevemos a fracasar. Tal vez el santo Alexander Whyte expresó mejor ese temeroso sentimiento de responsabilidad, cuando habló del tumulto del corazón del pastor: “¡Oh, hermanos míos, las oportunidades que nunca podran ser redimidas de nuestros pulpitos; y la culpa duradera por Dios y de nuestro pueblo, y de nuestras propias conciencias, por el mal uso y el descuido de nuestros pulpitos! Roca de la eternidad, abierta tu por los ministros”.

Ningún hombre de Dios de verdadero corazón quiere conformarse con menos que la sonrisa de Dios sobre su ministerio. Su carga es por esa bendición. Busca así amar al Señor su Dios con todo su corazón y mente y alma y fuerza. ¿Qué podría ser más condenatorio que la acusación que nuestro Dios hizo contra el pastor de Éfeso? ¡Cuán terrible es que Cristo mismo diga claramente a cualquier ministro que ha dejado su primer amor a su Señor y a su obra! Y con esa Voz, sonando como muchas aguas, vino esta advertencia de que a menos que se arrepintiera y regresara y volviera a hacer esas primeras obras, su candelero sería removido de su lugar y dado a otro. Seguramente esto se ha repetido a través de los años, y la obra de muchos hombres ha sido entregada a otro.

## CAPÍTULO 6

# *Santo y Pecador*

---

Pablo, el más grande de los predicadores, dijo: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.” No dijo que “había sido el primero de los pecadores”, pero sabía que él mismo seguía siendo el primero de los pecadores.

El verdadero predicador siente con Pablo que él también no sólo es el primero de los pecadores, sino el menor de todos los santos. Es como Alexander Whyte, que en su capítulo sobre David y sus vicios, en *Personajes de la Biblia*, dice: “Estoy advertido por Dios de que con todo mi estudio y toda mi vigilancia y toda mi oración, el engaño y la hipocresía interna de mi propio corazón me seguirán engañando. Bien, lo que diré en respuesta a eso es esto: que si mi corazón es peor de lo que yo sé que es, entonces el Dios de toda gracia, con toda la sangre de Su Hijo, y con toda la paciencia y el poder de Su Espíritu, me ayude”.

Sólo una vez Dios escogió a un predicador completamente libre de pecado. Siempre, excepto esa vez, Dios ha escogido a hombres pecadores, y no pocas veces a los más pecadores de los hombres para hablar a sus semejantes sobre la salvación y el pecado. Se necesita un gran pecador para predicar, así como para escuchar.

Si estás llamando e inspirando a los leprosos con pasión, esa pasión vendrá con un reconocimiento de la lepra de tu propio corazón.

David fue tanto el mayor pecador como el mayor santo de Israel. David, aunque era el hijo pródigo del Antiguo Testamento, seguía siendo el ungido del Señor, el Rey de Israel, el hombre conforme al corazón de Dios.

Se cuenta la historia de un granjero que, tras terminar sus tareas del sábado, se vistió sus ropas de domingo y partió para ver y oír predicar al santo John Fletcher (John Wesley dijo de Fletcher: “Era el hombre más santo que he conocido”). Cuando el granjero pasó junto a un vecino que estaba trabajando, éste lo detuvo y le preguntó adónde iba tan bien vestido. El granjero contestó: “Voy a ver a Fletcher y a oírle predicar”. El lunes por la mañana regresaba y el mismo vecino le paró de nuevo y le preguntó si había visto al señor Fletcher. El granjero contestó: “No, no he visto a nadie más que a Jesucristo y a este crucificado”.

Cuanto más verdadera espiritualidad tenga un hombre, más afinada será su sensibilidad al pecado y a la excesiva pecaminosidad del pecado. Cuanto más santos se vuelven los hombres a la vista y

en la estimación tanto de Dios como de los hombres, más horribles y desesperanzados se vuelven para sí mismos.

Samuel Rutherford, tal vez el más santo de todos, dijo: “Cuando miro mi pecaminosidad, mi salvación es para mí el mayor milagro de mi Salvador”. Y la portada de la incomparable autobiografía de John Bunyan dice: “Gracia abundante a John Bunyan, el principal de los pecadores. Venid y escuchad, todos los que teméis a Dios, y declararé lo que Él ha hecho por mi alma”. Jacob Behmen dijo: “Mi corazón es el mismísimo muladar del diablo, y no es tarea fácil luchar con él en el terreno que él mismo ha elegido. Pero debo luchar con él en ese terreno, y eso durante toda mi vida hasta el fin”.

Fue Martín Lutero quien dijo: “Cuando un hombre como yo llega a conocer la plaga de su corazón, no es sólo miserable: es la miseria absoluta misma; no es sólo pecador: es el pecado absoluto mismo”.

Y el santo Jonathan Edwards dijo: “A menudo me ha parecido que si Dios marcara la iniquidad de mi corazón, mi cama estaría en el infierno”.

Cuanto más santo y más de mentalidad celestial es un ministro, más se expone a una vida de indescriptible tentación. Con cada nuevo paso adelante en la espiritualidad, con cada nueva revelación de la Palabra de Dios y de sí mismo, con cada entrada más profunda del Espíritu de Dios en su corazón y conciencia, las tentaciones de un ministro se multiplican sobre él, hasta que se siente el más acosado de todos los hombres que habitan sobre la tierra.

Los hombres de Dios han caminado humildemente a través del tumulto de sus tiempos. Despreciados por los hombres, han sido declarados la escoria de un mundo indigno de ellos. Por extraño que parezca, están de acuerdo con sus acusadores y más aún se acusan a sí mismos, derramando sobre sus propios corazones una carga repugnante de desprecio y condenación por su propia indignidad mientras él caminaba por el desierto señalando a los hombres al Cordero de Dios. Aquel evangelista vestido de cuero venía con el dulce sabor de la miel en la boca y el sonido de la autoridad divina en su voz, todo el tiempo confesándose indigno incluso de inclinarse para desatar la correa de las sandalias de su Señor.

Cuanto más se acerca uno al bendito Salvador, más indigno se reconoce ser. No es de extrañar entonces que alguien expresara este sentimiento del corazón cuando dijo: “Si hay algo en lo que me sentiría inclinado a contradecir a mi Señor, sería si le oyera decir: ‘Bien hecho, siervo bueno y fiel’”.

## CAPÍTULO 7

# *Debilidad y Necesidades*

---

Oh hombre frágil, débil y falto, ¿quién es suficiente para estas cosas? Esta pregunta ha salido del corazón de todo siervo de Dios en medio del fragor de la batalla. El mismo Pablo se hizo la pregunta hace mucho tiempo (II Cor. 2:16), y nos dio una visión bendita cuando añadió las palabras: “No que seamos suficientes de nosotros mismos... sino que nuestra suficiencia es de Dios.” (II Cor. 3:5). Su pregunta surge como el grito de un guerrero agotado, pero la respuesta que sigue es como el grito del vencedor. Es un contraste de estados de ánimo. Pablo era como todos nosotros. En un momento podía estar en lo profundo del valle y al siguiente en lo alto de la montaña; en un momento absolutamente intrépido en el poder todo conquistante de Dios, y al siguiente temblando como una caña al viento ante el recuerdo mismo de su propia debilidad. Temblaba cuando pensaba en ello. No temía a nadie más que a sí mismo. Los enemigos externos nunca perturbaron a Pablo, era el enemigo interno el que lo hacía; esa traicionera debilidad de su propio corazón. Cuando Pablo puso su absoluta insuficiencia al lado de la total suficiencia de Dios, reveló tanto su debilidad como sus necesidades.

Sólo es suficiente para “estas cosas” el hombre que cuenta con los recursos de Dios.

Hudson Taylor comprendió esto y escribió: “Todos los gigantes de Dios han sido hombres débiles, que hicieron grandes cosas para Dios porque contaron con que Él estaba con ellos”. Concluyó que, “La falta de confianza está en la raíz de casi todos nuestros pecados y debilidades”.

J. H. Jowett era uno de esos grandes hombres siempre conscientes de sus debilidades y defectos. Una vez que iba a hablar en Northfield, uno de los hermanos hizo una oración de apertura con esta súplica inspirada: “Oh Señor, te damos gracias por nuestro hermano. Ahora ¡BORRALO! Revélanos Tu gloria con tal resplandor que él sea olvidado”. Jowett pensó que la petición era absolutamente apropiada y confió en que la oración fuera escuchada.

Fue Pablo quien dijo: “Así que ni el que planta es algo, ni el que riega”. Tómallo por fe, ¡no somos nada! Esto es especialmente cierto del hombre que cree que puede predicar. Como el hombre que tenía un intenso deseo de predicar, y presionó por oportunidades hasta que se le dio permiso para dar un sermón de prueba. Al anunciar su texto se encontró desprovisto de toda idea excepto una, que pronunció sintiendo al bajar. “Hermanos míos,

si alguno de ustedes piensa que es cosa fácil predicar, le aconsejo que suba aquí y le quite toda la presunción”

Tenemos el tesoro del evangelio en vasijas de barro, y si hay un defecto en la vasija aquí y allá que nadie se sorprenda. Si no hubiera sido por la debilidad del ala rota, algunos se habrían perdido en las nubes.

¿Quién puede evitar estar débil, cansado y sin aliento cuando la carrera que se nos ha puesto por delante continúa sin interrupción?

A pesar de que la vasija es de barro, y la humanidad del hombre de Dios se revela en la debilidad, el predicador ocupa una especie de posición vicaria y representativa ante el cielo y el infierno, y los espadachines y arqueros de ambos reinos parecen convertirlo en su blanco. ¿Quién puede, pues, juzgar la severidad de la vida conflictiva del hombre de Dios que tiene al cielo y al infierno continuamente sobre él?.

Si fue Alexander Whyte quien escribió: “¡Oh pobre y muy digno de lástima ministro! Con Satanás concentrando todos sus ardientes dardos sobre ti, con los pilares profundamente hundidos de su lugar todavía no excavados en vuestros corazones, con todos sus capitanes luchando día y noche por los remanentes del poder de su amo dentro de ti, y todo el tiempo, mucho más grande que Satanás te atraviesa con su terrible espada hasta que no queda ni una parte sana en ti, ¡oh, el más desamparado y afligido de los hombres! ¡Oh, el más herido en tu mente y el más quebrantado en tu corazón de todos los hombres! Compadézcense de sus ministros, hermanos míos, y soporten mucho de lo que todavía no pueden entender o con lo que no pueden simpatizar en ellos. Y ni por un día olviden orar por ellos”.

## CAPÍTULO 8

# *Desánimo y Depresión*

---

Charles Haddon Spurgeon dijo: “Soy objeto de depresiones de espíritu tan terribles que espero que ninguno de ustedes llegue nunca a tales extremos de miseria como yo”. Tal vez una de las razones por las que Spurgeon era capaz de brindar tanto consuelo a sus oyentes era que conocía el problema de la depresión de primera mano.

Parece que la depresión y el desánimo son gajes del oficio, y si no son enfermedades del ministerio. John Donne las llamó “La humedad del infierno”, y ciertamente lo son.

Incluso Elías estaba seguro de haber fracasado. Bajo el Enebro dijo: “¡No soy yo mejor que mis padres!” Cuando un pastor decide que ha fracasado, Satanás ha encontrado una abertura en su armadura, y puedes estar seguro de que el enemigo la aprovechará.

Francois Fenelon dijo: “El desaliento no sirve a ningún propósito posible; es simplemente la desesperación del amor propio herido.”

Las dos sugerencias de Martín Lutero para superar la desesperación eran: “¡Ejercer la fe en Cristo, y enojarse competamente!”

El *Progreso del Peregrino* nos deja este aliento: “Ten ánimo, hermano mío, porque siento el fondo y es bueno.”

Es cuando un hombre toca fondo en su sensación de nada cuando de repente descubre que ha tocado la Roca de la Eternidad.

Samuel Rutherford solía decir que siempre que se encontraba en el sótano empezaba a ocuparse en buscar el vino del Rey.

En el análisis final, el desánimo es un problema espiritual y sólo puede combatirse con armas espirituales. Ora, pues, y ten ánimo, ¡el reflujo más bajo puede ser el cambio de la marea!

Se ha dicho que “¡El predicador está siempre al borde del abismo!”. Sin duda, las palabras pretendían dar a entender que la predicación que sacude las emociones del predicador, moviéndolo como un vendaval sobre el mar, exigiendo mucho de sus nervios, y a menudo produciendo agotamiento físico y emocional, también puede hacerlo víctima de una profunda depresión, y empobrecimiento nervioso, causando que sus defensas morales se relajen y permitiendo que el enemigo salte dentro de las puertas y aprisione su espíritu en la esclavitud carnal.

Un pastor desanimado buscó el consejo de Alexander Whyte y recibió este consejo: “¡Nunca pienses en dejar de predicar! Los

ángeles que rodean el trono envidian tu gran trabajo. El desánimo puede robarnos la vitalidad y la visión. Qué vasta es la importancia de mantener bien afilada nuestra espiritualidad”. Charles E. Jefferson dijo: “La autopreparación es el trabajo más difícil que tiene que hacer un predicador. Un predicador espiritualmente anémico, o intelectualmente empobrecido, o moralmente agotado, deseará a menudo un ebrio”.

¿Es de extrañar que muchos hombres de Dios, como Elías y Jeremías, hayan tratado de huir de una comisión tan aplastante e intolerable? Nada excepto la gracia de Dios puede retenerlo. La magnitud de esa comisión es abrumadora y el primer elemento en la humildad.

Todo hombre de Dios ha tenido esos momentos desalentadores cuando estaba listo para renunciar, y sabía todo el tiempo que no podía. Jeremías tuvo un momento así (Jer. 20:9). Ese profeta de corazón quebrantado anunció lo imposible: renunció y luego declaró inmediatamente que no podía renunciar; renunció pero no podía renunciar. Cualquier verdadero hombre de Dios puede entender la crisis que tuvo Jeremías.

Jeremías dijo: “¡Oh quién me diese en el desierto un mesón de caminantes!” (9:2). No es el primer predicador que quiere renunciar y dedicarse al negocio de los moteles. Muchos han pensado que dar testimonio a los turistas podría lograr más que soportar las tribulaciones del pastorado. Pero los más miserables de los hombres son los ministros que han renunciado. Algunos hacen su propia renuncia mientras que otros se ahorran el problema. Algunos pasan años renunciando mientras que otros se van de la noche a la mañana con la palabra de despedida “¡Nunca más!”. El predicador fiel no tiene un lecho de rosas, pero para un hombre llamado por Dios convertirse en otra cosa es descansar su alma en un lecho de espinas. No hay hombre que haya trabajado al servicio de Dios que no diga “Amén” al hecho de que el trabajo cristiano es a la vez el trabajo más desalentador y el más alentador del mundo. Que el que se ponga a trabajar en la viña del Señor se prepare tanto para los problemas como para los triunfos, y que el Señor le ayude a no sentirse molesto por ninguno de ellos. Algunos días se encontrará arrastrándose y otros volando, y es difícil decir qué lo pone en mayor peligro.

El desánimo llega a todos. Aquellos que han leído los tesoros del Comentario de Matthew Henry saben que él escribió, en sus últimos días, acerca de su pastorado: “Aunque la gente de Chester es un pueblo muy amoroso, y muchos de ellos han tenido y tienen un valor extraordinario para mí y mi ministerio, sin embargo, no

he estado libre de desánimo allí y de aquellos que me han tentado a pensar que mi trabajo en ese lugar ha sido en gran medida realizado. Muchos de los que han sido catequizados con nosotros y muchos que han sido comulgantes con nosotros durante mucho tiempo nos han dejado y muy pocos se han agregado a nosotros”.

Dios planta su trigo donde pueda producir el mejor rendimiento. Él coloca a sus propios hombres donde Él elige para cumplir un propósito. Nunca olvides que Juan estaba en Patmos por “... la Palabra de Dios y... (d)el testimonio de Jesucristo...” (Revelación 1:2). Patmos no fue un ascenso a una congregación más grande, pero nos proporcionó la Revelación. Juan no renunció, se quedó y lo llevó hasta el glorioso final.



## CAPÍTULO 9

# *Peligros y Privilegios*

---

Los peligros son siempre los acompañantes del privilegio, y son más densos alrededor de las estaciones más exaltadas. Tal vez sea la tragedia más triste y patética de la vida, el espectáculo de un hombre que habiendo “predicado a otros” se convierte él mismo en un “reprobado”.

Tal vez nadie sea capaz de concebir los peligros insidiosos y mortales que infestan la vida de un hombre de Dios. La medida de nuestro privilegio es simplemente la medida de nuestros peligros. El inventario de nuestro jardín daría también un inventario de las fuerzas destructivas que acechan a cada flor, y arbusto, y árbol. Es literal y terriblemente cierto que “donde abunda la gracia”, también puede abundar la muerte.

Los peligros tienen una tendencia común y fatal a alejarnos de Dios. Alejarán al predicador de las “nieves del Líbano”, del gran terreno de reunión de los recursos espirituales, donde los poderosos ríos nacen y fluyen hacia un ministerio fuerte y eficiente. No hay en la tierra un espectáculo más patético que el de un predicador del Evangelio que, por las asechanzas y engaños de este mundo, se ha separado de Dios.

Uno de los peligros más graves que acechan al ministerio de este país es una inquieta dispersión de energías sobre una asombrosa multiplicidad de intereses, que no deja margen de tiempo ni de fuerzas para una comunión receptiva y absorbente con Dios.

Los predicadores bien podrían considerar las palabras de lord Bryce dirigidas al vizconde Grey cuando éste le confesó la dificultad que experimentaba para componer largos discursos. Bryce le dijo: “No tienes por qué inquietarte mientras te sientas así. El momento de alarmarse es cuando descubres que puedes hablar con bastante facilidad sin tener nada que decir”. Coleridge lo describió sagazmente como una “destreza prematura y antinatural en la combinación de palabras.” Que tenga cuidado el hombre dotado de facilidad de palabra.

Por falta de cuidado, oración y discreción, hombres de Dios han caído desde las cumbres de la fama y la utilidad hasta las profundidades del pecado y la desgracia, de donde nunca pudieron levantarse. Algunos han sido expulsados del ministerio. ¡Las iglesias han sido divididas, y la causa de la justicia ha sido tan deshonrada que se necesitaría el trabajo unido de una generación de hombres piadosos para borrar las manchas!

Después de la falta de sinceridad, nada menosprecia tanto el ministerio de uno como la indolencia. Muchos predicadores han caído en la trampa de este peligro. Muchos ministros no hacen más que cobrar su salario y respirar.

Hay muchos ministros de rara promesa cuyo cartílago nunca se convierte en hueso. Cuando el diablo ve a un hombre marchando a través de las dificultades y subiendo a las alturas del éxito con los miembros corpulentos de un gigante, pone una trampa para sus pies que avanzan. Puede ser el orgullo del intelecto. Pueden ser autoindulgencias corporales. Puede ser el compromiso. El que es capturado y cae, puede ser restaurado de nuevo por la misericordia de Dios. Pero el enemigo de todo bien nunca olvida utilizarlo para paralizar su utilidad. A partir de ahora camina bajo una sombra. Hay un signo de interrogación tras su nombre. Puede que nunca se recupere del todo.

Pablo sabía que el primer bien de un predicador era él mismo. Sabía lo fácil que era perder la perla de la personalidad; lo fácil que era descalificarse a sí mismo en la carrera. Vale la pena luchar por guardarse a uno mismo. Una reputación quebrada puede ser reparada, pero el mundo siempre tendrá los ojos puestos en el lugar donde estaba la grieta.

El más piadoso de los hombres puede ser desviado por el peligro de la familiaridad. Nada puede ser más devastador para una profunda experiencia cristiana que estar en medio de la actividad religiosa todo el tiempo. Puede llevarnos gradualmente a la estupefacción espiritual. El resultado es el profesionalismo. Uno puede estar ocupado con las cosas de Dios y al mismo tiempo estar cada vez más lejos de experimentar la realidad de las mismas verdades que trabaja para perpetuar. Robertson de Bright tenía razón cuando habló de “las influencias endurecedoras de las cosas espirituales.”

Que cientos han perdido su camino y han tropezado con un púlpite es tristemente evidente por los ministerios infructuosos y las iglesias decadentes que nos rodean. Es una terrible calamidad para un hombre perder su llamado, y para la iglesia a la que se impone.

Los privilegios conllevan sus propios peligros. Tal vez el peligro de Salomón residía en los privilegios que le otorgaba su posición. La sabiduría y el conocimiento de Salomón eran amplios. Era un maestro de la verdad moral y espiritual. Conocía las demandas de Dios. Conocía el poder de la tentación. Conocía el poder de las mujeres y el poder del vino. Conocía la debilidad del corazón humano. Conocía las consecuencias del pecado y, sin embargo, decidió arriesgarse. Así Salomón, en su caída, se

desmintió a sí mismo. Derribó, en su vida posterior, lo que había construido en su vida anterior. Al final fue la viva contradicción de su profesión anterior. Es triste que un hombre se contradiga a sí mismo, que neutralice su propia trayectoria, que deshaga con una mano lo que había hecho con la otra.

La caída de un hombre eclipsa todo el bien que ha logrado. Es un pensamiento solemne. Un ministro puede predicar durante cuarenta años como un ángel, y luego, por un pecado flagrante o por una traición a la verdad, hacer que los hombres no quieran oírle predicar y se avergüencen de pronunciar su nombre. Salomón fue enterrado en silencio. Llenó un gran espacio, pero resultó indigno de él y partió dejando sólo la sombra del recuerdo.



## CAPÍTULO 10

# *El Hombre y el Mensaje*

---

Predicamos a Cristo. Qué predicador era Pablo. Se movió en medio de la ostentación de feso y Corinto, y Roma, pero nunca tomó prestado el esplendor artificial de su entorno, eclipsando así la Cruz. Ningún “camino del mundo” lo sedujo de ese tema bendito. Dondequiera que fuera, ya fuera a una pequeña reunión de oración a la orilla del río en Filipos, o en medio de los intelectuales de Atenas, él había “determinado no saber cosa alguna entre vosotros, sino a Jesu Cristo, y a éste crucificado”

Cuidado con perder la dulzura, el amor y la gracia en su predicación. A causa de las agitadas condiciones en las iglesias, con frecuencia provocadas por ellos mismos, algunos pastores han utilizado el sagrado púlpito para una predicación denunciadora y despiadada. Se jactan de su postura intransigente, y “despellejan” y “pelan” y “cuelgan los cueros de la cerca”, y se niegan a aceptar el consejo de nadie. Un predicador que no lleva consigo el manto de la caridad ha perdido su llamado, o no es apto para cumplir con sus deberes.

Nunca te permitas carecer de esa fina fragancia que hace que la gente sepa que habitas en “los jardines del Rey”. Eso era cierto en el caso de Onesíforo. Pablo escribió una línea exquisita retratando a su amigo y también describiendo este servicio pastoral tan característico: “muchas veces me refrigeró.” Llevaba consigo la atmósfera celestial.

El tío Bud Robinson testificó que era un hombre de Dios. Una vez fue obrero en una reunión de campamento con el Dr. Henry C. Morrison cuando ocurrió un incidente interesante. Un domingo por la mañana durante la fiesta de amor el tío Bud se levantó para testificar acerca de su maravilloso Señor y fue tan conmovido y bendecido que cayó bajo el poderoso poder de Dios. Las multitudes se reunieron alrededor pero el Dr. Morrison les dijo que retrocedieran y le dieran espacio a Robinson. Dijo: “El querido amigo ha partido más de lo que puede masticar”.

CUALQUIER COLINA PUEDE HACER UN ECO. La Biblia dice de Juan el Bautista que él era “La voz de **uno** que clama en el desierto”¿Puedes decir eso, predicador? ¿O debes, con toda fidelidad a la verdad, decir: “Soy un eco”? Si un hombre no es más que un eco, es un lugar común, pues los ecos se multiplican. Pero si es una voz, los hombres se detendrán, escucharán y se maravillarán.

El púlpito no es una caja de resonancia. Es una voz del cielo. Es la invasión de Dios en este mundo. Por lo tanto, debemos ser

una voz y no un eco. Un día cualquiera, los visitantes podrían preguntar en algunos púlpitos: “¿Quién predica aquí?”. Una respuesta justa podría ser: “Casi todo el mundo predica aquí, pero el Hermano Ditto es el portavoz”. Qué dulce sería si la pregunta en nuestras iglesias fuera: “¿Quién predica aquí?” y la respuesta fuera: “Cristo predica; nuestro pastor es Su voz.”

Tenemos el desierto; ¡Dios nos da una voz!

Cuando Hudson Taylor estaba siendo presentado a una congregación como su orador invitado se refirieron a él como “nuestro ilustre invitado”. Taylor se levantó y comenzó su sermón diciendo: “Soy el pequeño siervo de un ilustre Maestro”.

Spurgeon solía implorar a sus alumnos que “no prediquen nada menor, sino al diablo, y nada mayor, sino a Cristo”.

Cualquier cosa que sepa a irrealidad en el púlpito es indudablemente ofensiva. Tal vez no haya nada más mortal y más infaliblemente destructivo para la atmósfera de realidad en la predicación que la “voz del púlpito”; el “quejido ministerial”. Cuánto mejor es que los hombres nos oigan, como a Juan, y sepan que es “la voz de **uno**”. Es un tipo diferente de predicación que crea ese silencio celestial que dice que Cristo está en medio, que deja a los hombres con el conocimiento de que han visto y oído la realidad.

El mundo considera seguro, sano y juicioso al tranquilo y respetable predicador de la forma; al tranquilo y respetable predicador de la filosofía; al hombre pulido que halaga la carne y la salva; y considera loco al hombre franco y sincero. Si hay alguna evidencia del poder del Espíritu Santo en el mensaje de tal hombre, el mundo grita que está “fuera de sí”, desquiciado, delirante, lleno de vino nuevo, un loco.

Tales cosas se han dicho de hombres en nuestros días. Tales cosas se dijeron de D. L. Moody, y Charles Haddon Spurgeon. Spurgeon fue llamado charlatán, sensacionalista, y fue caricaturizado y puesto en ridículo en todos los sentidos. Sobre Spurgeon, el obispo George Sayles escribió: “ Quien vio a aquel hombre de Dios como Elías subir lenta y pesadamente al púlpito, quien sintió el horrible silencio de los miles reunidos cuando se levantó para orar, quien se encontró, como allí, cara a cara con la vasta y reveladora eternidad, debe haber conocido en su corazón la absoluta imposibilidad de tales falsedades; Debió tener la más profunda convicción de que, cualquiera que fuesen los vuelos más sorprendentes, vehementes e incluso sobrenaturales de su terrible seriedad, ese hombre nunca podría ser otra cosa que un hombre postrado en el alma, atemorizado, abrumado y trabajando bajo la presión, la solemnidad y el poder del Espíritu de Dios. “

¡Fervientedad! ¡Quiera Dios que seamos más fervientes! El poder reside, en su mayor parte, en la fervientedad. Otros elementos que entran en el poder no son nada sin la fervientedad. La fervientedad es poder en acción, el calor blanco del poder. ¿Podemos ser demasiado fervientes? En comparación con el infierno en el que se tambalean los pecadores y el cielo al que se arrastran los nuevos convertidos, ¿puede un hombre honesto, movido por Dios, ser demasiado ferviente? En contraste con los intereses eternos, con las magnitudes eternas, ¿hubo alguna vez un hombre demasiado ferviente al predicar la Palabra de Dios?.



## CAPÍTULO 11

# *El Espíritu y el Éxito*

---

La mayor búsqueda en la vida de un siervo de Dios es la comunión del Espíritu. Es el “maná del cielo” para su banquete, el “agua de vida” para su sed, el “óleo de gozo” para su predicación. Perder esa comunión es tragedia; abandonarla es apostasía; recuperarla es éxtasis; conservarla es prioridad.

El bendito Espíritu Santo ha sido dado para glorificar a Cristo. Cuando Henry Ward Beecher comenzó su ministerio, se sintió desconcertado por la decepcionante ausencia de resultados y la casi total falta de respuesta. Las ruedas del carro se arrastraban; no había signos visibles de un despertar; los indiferentes permanecían hundidos en su indiferencia. Pero un día se apoderó de él el pensamiento: “había una razón por la que, cuando los apóstoles predicaban, tenían éxito, y yo la descubriré si es que hay que descubrirla”. Descubrió que la razón era la predicación de Cristo, y los resultados y el éxito en su ministerio fueron inmediatos.

El Espíritu Santo es absolutamente esencial para el ministro y la eficacia de su ministerio. Sin Él ese oficio es mera trivialidad. A menos que el predicador tenga el Espíritu de los profetas descansando sobre él, el manto que lleva no es más que una vestidura de engaño. Si el Espíritu de Dios no reposa sobre nosotros y nuestro ministerio, somos como metal que resuena y címbalos que retiñen, que tienen forma pero no el fuego.

Oh por el toque y la sabiduría del Espíritu de Dios. Es Él quien dará a nuestras manos el toque de un cirujano para dividir correctamente la Palabra. Es Él quien nos dará sabiduría para usar las balanzas sagradas para pesar las porciones apropiadas de maná para las necesidades de nuestro pueblo. Es Él quien sazonará nuestra palabra con gracia para que Su Palabra sea más hermosa y nuestro Señor más glorificado. Es Él quien apretará el carbón vivo del altar contra nuestros labios y abrirá nuestras bocas para que podamos mostrar las alabanzas del Señor, o de lo contrario no hablaremos con poder.

El Espíritu de Dios es nuestro Ayudador y Consolador. A veces, podemos ser aplastados contra la tierra en la depresión o llevados a los cielos en alas de deleite. Al mismo tiempo, podemos encontrarnos gimiendo por las almas de los hombres perdidos o lamentándonos por la falta de crecimiento en la gracia de algunos miembros de nuestro rebaño. Podemos estar predicando y mirar ciertos rostros y decir: “El rocío está descendiendo aquí”, y luego mirar otros rostros y percibir que están tan sin rocío como la montaña de Gilboa. Pero

el rocío del cielo debe caer porque debemos tener tales sellos de gracia sobre nuestro ministerio; y quién puede otorgar tal gracia y conceder tal ayuda sino el Espíritu de Dios.

El hecho de que haya tantos ministerios infructuosos testimonia la falta de reconocimiento de la persona y el poder del Espíritu Santo. Las palabras de Robert Hall son tan contundentes ahora como cuando las derramó como lava fundida: “Los predicadores más eminentes y exitosos del evangelio... un Brainerd, un Baxter y un Schwartz, han sido los más conspicuos por su simple dependencia de la ayuda espiritual, y ningún éxito ha asistido a los ministerios de aquellos por quienes esta doctrina ha sido descuidada o negada”.

Es imperativo que el Espíritu Santo asista a nuestra predicación con su testimonio. Charles G. Finney, llamado el príncipe de los evangelistas de todos los tiempos, dijo: “Ninguna elocuencia humana podrá jamás convertir un alma a menos que el Espíritu de Dios envíe la verdad a casa y la haga efectiva”.

Qué horroroso es el pensamiento de que un hombre pueda descuidar o negar al Espíritu Santo de tal manera que Él se retire de ese hombre y de su ministerio, y que las palabras “Icabod” queden escritas para que todos las vean. Cierto, sabemos que el Espíritu de Dios nunca deja ni abandona al hombre que nace de Él, pero eso no garantiza que Él no pueda quitar el halo de bendición del servicio de ese hombre. Si cosas tales como la falta de oración, la impureza, el orgullo, etc., descalifican al creyente ordinario para disfrutar de la comunión con Dios, entonces seguramente esas mismas cosas pueden descalificar al predicador para experimentar el poder de Dios. Temblad y sabed que podemos despreciar al Espíritu de Gracia e insultarle y contristarle de tal manera que ya no hablará por nosotros.

Cuánto debemos temer no contristar al Espíritu Santo. Andemos con cuidado delante de Él, no sea que nuestro ministerio se vea privado de bendición o llegue a un fin repentino. Podríamos seguir predicando, como Sansón, suponiendo que el Espíritu de Dios está sobre nosotros; sin sospechar de nosotros mismos ni sospechar de los demás como destituidos de Su poder. Puede ser que seamos abatidos en nuestro mejor momento, como lo fueron Nadab y Abiú, y que no se nos vuelva a ver ministrando ante el Señor. O podríamos ser removidos en los años más dorados, como Ofni y Finees, para no servir más en el tabernáculo de la congregación. Podríamos tratar de seguir trabajando con un fariseísmo profesional, presentando fuego extraño en el altar hasta que el Señor no lo soporte más. ¡Qué terrible es este pensamiento! Dios puede permitir que algunos terminen su trabajo, como

Sansón, pero que los días sean estropeados por la ceguera a la bendición. El regazo de Dalila y el campamento de Dan no conducen a un poder mayor. Moisés también terminó la obra de su vida, pero bajo una nube. Su pecado no fue la sorprendente escarlata como la de David, ni el fracaso de un temible Pedro; el suyo parecía una ofensa infinitesimal. Dios podría haberlo pasado por alto en otro, pero no en Moisés. Era un líder del pueblo de Dios, un representante del cielo.

Si Moisés fue destituido porque habló imprudentemente con sus labios, y si un siervo tan glorioso como Pablo temió convertirse en un náufrago (desaprobado) de Dios, ¿en qué quedamos nosotros? ¿Cómo nos atrevemos a levantar la cabeza e imaginar que no somos prescindibles; que Dios trataría de otra manera con nosotros? Para Dios pasar por alto el pecado en Sus siervos constituiría un engaño sobre Su pueblo, y una desgracia para el oficio. Oh, qué temible es ser amado por Dios y ser llamado a presentarse ante los hombres en Su lugar. ¿Quién es intachable? ¡Ay de mí! Inclinémonos y temblemos ante Él. El Señor nuestro Dios es un Dios celoso, y es algo temible caer en las manos del Dios viviente.



## CAPÍTULO 12

# *Polen y Predicación*

---

La mente, el corazón y la energía del predicador necesitan el polen no menos que el maíz. No puede trabajar para obtenerlo. Viene como la primavera. No todos los sermones son como una pared de ladrillos. Por tanto sudor de cerebro no se puede contar con tanta cosecha de pensamiento. Algunos sermones llegan sólo después de que el predicador ha caminado por las escabrosas costas de este mundo y ha sumergido sus remos en sus aguas turbulentas. La sabiduría del hombre de Dios va allí donde el Espíritu de Dios puede polinizar su cerebro, su corazón y su energía.

A Dios le avergonzaría tener un predicador perezoso en Su viña, manchando con su toque la escarcha de los racimos de uva púrpura. La predicación es mucho más que trabajo, es inspiración, y se necesita polen. La predicación es un soplo del viento de Dios, el soplo de céfiros celestiales a través de los espacios sembrados de estrellas, el soplo extrañamente dulce y vivificante a lo largo de las praderas del alma.

El predicador se encuentra en una interminable peregrinación en busca de polen. No se atreve a permanecer siempre en el aislamiento de su estudio. Debe estar fuera, donde los vientos soplan sobre el alma. Atraviesa un paisaje de eternidad en el tiempo, que es atormentado por el pensamiento, y tal vez muchos mensajes, de otro modo miserables, han sido redimidos debido a las inmortalidades que se han cruzado en el camino del predicador mientras caminaba por esta solitaria senda. Encuentra el dulce néctar de la Palabra de Dios para su corazón mientras contempla la necesidad espiritual del mundo ante sus ojos. Un hombre que se toma el tiempo para sentarse donde su pueblo se sienta y caminar donde su pueblo camina, servirá mucho mejor a su pueblo, porque regresará llevando consigo ese precioso polen que sólo proporcionará a su predicación un mayor rendimiento.

El polen engendra la cosecha. De Henry Ward Beecher se decía que, cuando su mente estaba tan vacía como un heno en primavera, iba al transbordador de Brooklyn y paseaba mirando a los rostros de los pasajeros y al río, atestado de barcos. Salía allí donde podía soplar el polen.



## CAPÍTULO 13

# *Libros y Ocupaciones*

---

Pablo dijo: “Trae los libros”. El pastor es un amante de los libros. Los libros son los jugos exprimidos del cúmulo de las edades.

Cualquier hombre dedicado a cualquier actividad debe estar familiarizado con lo que otros en su negocio han pensado, dicho y hecho. El músico se debe a sí mismo saber lo que han hecho sus colegas. Lo que han hecho los maestros es importante para un artesano. Qué pintor más tonto sería si no mirara el lienzo que algún hombre poderoso ha tocado para convertirlo en inmortal. Pero no sería más tonto el predicador que no se familiarizara con los sermones que los hombres poderosos de su llamado han escrito o predicado.

Lee las obras de otros. El predicador enciende su antorcha en todos sus fuegos, y luego tiene una antorcha encendida por el sol, cuyo sol es Cristo. Con todo lo que tenemos a nuestra disposición, cuán grande es el pecado de carecer de interés. Compara la historia de Atenas o Roma con la historia registrada desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y esas emocionantes jactancias de grandeza y éxito humanos se vuelven desoladas e insípidas ante la marcha de la verdad de Dios. Se ha dicho que el hombre que lee o cita continuamente las obras de otros se arrastra por la orilla de los autores, como si temiera lanzarse al libre compás del razonamiento. En defensa, podríamos preguntarle si la miel es peor por haber sido recogida de muchas flores.

Haz un sacrificio en alguna parte, pero consigue libros; y asegúrate de conseguir unos buenos. Un carpintero nunca tiene suficientes herramientas.

No dejes que los libros descarten el Libro. El Dr. Bonar de Escocia hizo esta anotación en su diario: “Por la gracia de Dios y la fuerza de su Espíritu Santo, deseo establecer la regla de no hablar con el hombre hasta que haya hablado con Dios: no hacer nada con mi mano hasta que haya estado de rodillas: no leer cartas o papeles hasta que haya leído algo de las Sagradas Escrituras”.

No siempre estamos haciendo lo máximo cuando parecemos más ocupados. Un hombre ocupado rara vez es tentado. Sus pensamientos están preocupados su vida está llena, no tiene tiempo que perder en sueños o disipaciones.

Richard Baxter dijo claramente al clero de su época que “muchos sastres andan harapientos cuando hacen ropa cara para otros, y muchos cocineros apenas se chupan los dedos cuando han preparado para otros los platos más exquisitos”.

Cuidado con el ajeteo profesional, que no es más que negligencia disfrazada.

Las personas ocupadas suelen ser personas quisquillosas. Carecen de la calma necesaria. John Wesley dijo: “Siempre estoy apurado, pero nunca tengo prisa”.

Pablo exhortó a Timoteo a “ocúpate en leer”. Nunca estés tan ocupado que te robe el tiempo para leer buenos libros.

Dr. W. A. Criswell dijo que si tuviera una sola cosa que decirle a un joven predicador sería: “Guarda la mañana para Dios. Apártate del mundo entero y enciértrate en el Señor con una Biblia en la mano y con las rodillas dobladas en presencia de la santidad del gran Todopoderoso”.

Los resultados serán que la gente alabará a Dios por el pastor que pasará tiempo con una Biblia abierta de rodillas ante el Juez de toda la tierra. Puede parecer extraño, pero cualquier congregación se regocijaría al pensar que su pastor salió ante ellos del Lugar Santísimo donde se había encontrado con el Señor cara a cara.

Fue Theodore L. Cuyler quien dijo: “Estudien su Biblia y otros buenos libros por la mañana, y las placas de las puertas de nuestro pueblo por la tarde”.

Que nunca estemos tan ocupados con los libros que perdamos de vista las almas de los hombres. El hombre llamado al ministerio nunca debe dejar que su pasión por las almas muera en su interior. Eso significaría renunciar a las credenciales que Dios le ha dado, y el fin de su eficacia como ministro. Nada que no arda por sí mismo puede encender una llama en otra cosa. El fuego debe estar en el corazón del predicador antes de que pueda haber una lengua de fuego en el púlpito o una llama encendida en el corazón de cualquier oyente.

La suposición de que un hombre es tan importante que no puede permitirse tiempo para hacer llamadas pastorales es un pedazo de engreimiento irreligioso que es intolerable en un hombre que ha de ser servidor de todos. El más grande de los predicadores mortales, Pablo, visitaba de casa en casa y lo hacía a veces con lágrimas.

## CAPÍTULO 14

# *Dedicación y Compromiso*

---

Cuando el Dr. Wilbur Chapman le preguntó al viejo General William Booth cuál era el secreto de su gran xito cristiano, l respondió: “Dios se ha adueñado de cada centímetro de mí.”

El Obispo Hendrix dijo, “El hombre que siempre está cantando, ‘Oh ser nada, nada’ ha tenido su oración contestada, y su libra le ha sido quitada hace mucho tiempo. El alma saludable quiere ser ALGO, para la gloria de Dios, y tiene un propósito para ese fin del que nunca se desviará.”

Antes de que seamos aptos para el mejor y más elevado servicio, el metal fundido de nuestras naturalezas debe ser corrido en el molde de Dios. Ningún hombre es un vaso escogido para Dios hasta que haya rendido su voluntad a Dios. Es esta obediencia la que hace de un hombre un ministro de Dios, y es el secreto de su poder con los demás

Doddridge, el comentarista de la Biblia, escribió: “Hoy, con la mayor solemnidad, me entrego a Ti. Renuncio a todos los antiguos seores que han tenido dominio sobre mí; y te consagro todo lo que soy, y todo lo que tengo, las facultades de mi mente, los miembros de mi cuerpo, mis posesiones mundanas, mi tiempo y mi influencia sobre los demás: para que todo sea usado según tu gloria, mientras Tú me mantengas en vida: mantenindome siempre en actitud atenta para observar las primeras insinuaciones de tu voluntad, y listo para lanzarme con celo y alegría a la ejecución inmediata de la misma. A Ti me entrego y te entrego la dirección de todos los acontecimientos que me conciernen y digo sin reserva: no se haga mi voluntad, sino la Tuya”.

W.E. Sangster dijo: “¡Señor, no nos importa quiénes el segundo con tal de que Tú seas el primero!”.

Tenemos una multitud de predicadores ahora tan angustiosamente inteligentes que no creen mucho en nada, y no están seguros de ello. Que el hombre de Dios sea débil e incierto y vacilante, y la iglesia ya no es una fuerza positiva.

¡Apégate al Libro! Joseph Parker, del Templo de Londres, era un pilar de la ortodoxia. Hablando de jóvenes predicadores arruinados por correr tras “nuevas teorías” dijo: “He visto suficientes teorías muertas e hipótesis descartadas para llenar un cementerio de buen tamaño. Entraron en el mundo como una banda militar de aficionados y salieron tosiendo como un pelotón de vagabundos consumidos”.

¿De qué le sirve a un hombre llenar su iglesia y dejar que todo su auditorio se vaya al infierno?

Téngase siempre presente que el ministerio no es una obra pequeña, y nunca puede ser la obra de un hombre con un corazón dividido. De una vez por todas debe abandonarse a la obra del Señor y a su Señor, y habiendo puesto su mano en el arado, no debe mirar atrás si quiere tener éxito. Debe amar a su Señor y amar su obra y aferrarse a ella a través de las dificultades y los desalientos, y no ser dado al cambio, porque no hay descarga en esta guerra.

La raíz de todo el asunto es ésta: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho el SEÑOR de los ejércitos.” Es Él quien convierte del pecado y renueva el corazón. Él da el poder. Los hombres de todas las épocas que han sido señalados por Dios en la conversación del hombre, han sido hombres muy a solas con Dios, hombres encendidos con un objetivo, consumidos con un propósito; hombres conscientes del poder constreñidor de Dios, llenos de fe y del Espíritu Santo.

Las águilas están comprometidas con los cielos. Las águilas no se encuentran en los pantanos, ni vuelan en bandadas. Lo que necesitamos hoy son más predicadores comprometidos con la Verdad y una contradicción con los Tiempos. Puede que sienta que esa vida le convierte en un disidente solitario, una voz en el desierto. No es asunto del predicador armonizar con los tiempos. Él es un solista; nunca estuvo destinado a tocar el acompañamiento de nada. Se mantendrá firme y rehusará ser arrastrado por hombres perniciosos o movimientos populares. Joseph Parker dijo: “Hay quienes hoy aplaudirían el nombre de Bunyan y no admitirían a un Bunyan vivo en su comunidad”. La religión organizada odia al predicador cuya sede es el Cielo, cuyo Superintendente es Dios. El hombre de Dios debe recordar que los profetas son necesarios, pero no buscados.

## CAPÍTULO 15

# *Entretenimiento y Exhortación*

Mientras a su alrededor se arremolinan las corrientes de la controversia y la marea de las tendencias, el hombre de Dios debe erguirse como la roca impertérrita de los siglos y proclamar las afirmaciones de la inmutable Palabra de Dios. Es un baluarte intransigente en medio del embravecido río de basura religiosa que trata de desalojarlo de su posición. Es la voz de Dios que llama a un pueblo pródigo a volver a los viejos caminos y a mantener los hitos bíblicos históricos. Con gran pesadumbre de corazón, y creyéndose a menudo el disidente solitario, trata de hacer retroceder a una generación empeñada en la diversión para que se incline asombrada.

El hombre de Dios no pierde de vista el hecho de que la iglesia vivió una vez en la norma del asombro, “Y estaban todos atónitos” (Actos 2:7); aunque ahora está sumida en la diversión. No olvida que una vez la Iglesia quedó hechizada por el asombro mientras adoraba en presencia del Dios tres veces santo; aunque ahora una generación criada en el entretenimiento espera sentada a que la diviertan. No olvida que una vez dulces acordes de música evangélica atraían a los hombres hacia Dios, y que una vez la predicación de los viejos tiempos llenaba los altares de plañideras llorosas, mientras los espectadores asombrados gritaban: “¿Qué significa esto?”. Está asediado por la carga de una iglesia en el mundo del espectáculo, sabiendo que lo que una vez fue una experiencia se ha convertido en un espectáculo.

Por lo tanto, se está ministrando a una generación decadente. Una generación que no puede soportar la sana doctrina. Una generación que prefiere el entretenimiento a la exhortación. Con su característica falta de familiaridad con la Palabra de Dios, las voces de los profetas modernos contribuyen a la imponente Babel de la confusión al instarnos a “ponernos a tono”, a cambiar nuestra forma de pensar y nuestros métodos o ser pisoteados por el avance espiritual de la época. No pueden creer que la idea del entretenimiento espiritual no se encuentre en ninguna parte de las Escrituras. No pueden creer que nada estaba más lejos de la mente de los primeros santos que la idea de entretener, o “hacerlo interesante”. Más allá de toda duda, la iglesia primitiva atrajo multitudes, pero fue el poderoso poder de Dios lo que atrajo a las multitudes asombradas a preguntar: “¿Qué significa esto?”

La erosión tanto de la música como del mensaje en toda la cristiandad es vergonzosamente evidente. Los autodenominados

siervos de Dios irrumpen con un ensordecedor tumulto instrumental y vocal que sólo puede registrarse con precisión en un sismógrafo. Todo mensaje espiritual es abortado cuando los artistas siguen el ejemplo de Hollywood y bailan jazz para Jesús. ¡Sombras de Pentecostés!

La iglesia que antes se abría paso en la jungla, ahora es la jungla la que se abre paso en la iglesia. La música que antes hacía que la gente diera golpes con el pie en el suelo, ahora, en su mayor parte, hace que se den cabezazos contra la pared. Tal degeneración nos ha llevado a la era en la que la multitud se pone de pie y anima y silba y clama por más elevación espiritual. Sin embargo, cuando la predicación pura de la Palabra de Dios suena para que los hombres puedan entenderla, nunca se oye un “Amén” alentador, ni la multitud se levanta para clamar que el Hombre de Dios continúe y dé más edificación. Por supuesto, con Ananías y Safira en las juntas oficiales de la iglesia, ¡qué más se puede esperar!

La tarea del predicador es similar a la recreación. Debe ser interesante sin convertirse en un artista. Debe cautivar las mentes de un público espiritualmente superficial que ansía el entretenimiento religioso, que tiene amor por la novela y lo célebre, que quiere que se alimente su fantasía y se le hagan cosquillas en los oídos, que recorrerá kilómetros sólo para que un orador le diga cuántos pelos tiene la cola del caballo pálido del Apocalipsis. Descubre que mucha gente está más interesada en el anticristo que en Cristo.

Aunque en la Palabra de Dios no se ordena entretenerse unos a otros, sí se ordena exhortarse unos a otros. El asombro debe tomar el lugar de la diversión. Los hombres deben preguntarse primero con asombro: “¿Qué significa esto?”, antes de preguntarse: “¿Qué debemos hacer?”

## CAPÍTULO 16

# *El Asombro y la Palabra*

---

El pastor tiene que ver con la Palabra de Dios en cada momento de su ministerio. Debe acudir a ella en todo lo que emprende. No es nada sin ella. Es más para él que cualquier... que todos... los demás libros. En palabras de Thomas Murphy, “La Biblia contiene sus credenciales como embajador de Jesucristo. Es el mensaje que está destinado a reiterar con todo fervor a sus semejantes. Es el tesoro del que siempre puede extraer las riquezas de la verdad divina. Es el Urim y el Tumim al que tiene acceso constante para aprender la mente de Dios con toda claridad. Es la cámara de audiencias donde será recibido en la presencia del Señor y escuchará palabras celestiales. Es la armería de donde puede ser vestido con la panoplia de la salvación. Es la espada del Espíritu ante la cual ningún enemigo puede resistir. Es su libro de instrucciones, donde se definen claramente los grandes deberes de su oficio. Es su mina de riqueza sagrada, cuya abundancia nunca podrá agotar. Cuanto más profundice, más ricos e ilimitados aparecerán sus tesoros”.

¡Predica la Palabra de Dios! Spurgeon era un hombre del Libro. No estaba limitado a un ejercicio formal en un área estéril de asfalto, o confinado a los límites de un pequeño patio trasero. Escúchale hablar de los grandes temas de la Biblia, y tendrás una sensación de inmensidad similar a la que te sobrecoge cuando escuchas al apóstol Pablo. Cada división aparentemente sencilla de su sermón era como el giro del telescopio hacia una nueva galaxia de maravillas luminosas en el cielo inconmensurable.

Se dijo de la predicación bíblica de Thomas Binney que “parecía mirar al horizonte más que a un campo cerrado, o a un paisaje local. Tenía una manera maravillosa de conectar cada tema con la eternidad pasada y con la eternidad venidera”.

El predicador eficaz es el que sabe manejar la “Espada del Espíritu” de la manera más llana, directa y reveladora. Pero cuando esa espada se envuelve o enfunda en frases eruditas, adornos retóricos, o refinamientos y especulaciones filosóficas, su poder de ejecución se ve enormemente disminuido, o enteramente destruido.

En un discurso pronunciado en la Universidad de Edimburgo, en 1866, Thomas Carlyle comentó: “¿Puede haber un objeto más horrible en la existencia que un hombre elocuente que no dice la Verdad?”

Muchos hombres de la actualidad tienen elocuencia, pero las espadas que blanden están embotadas de tanto esgrimir problemas.

Ciertamente un hombre necesita declararse y tomar su posición, pero nadie tiene derecho en la predicación a perder el tiempo en irrelevancias. Si no estamos decididos a predicar a Cristo en cada sermón, sería mejor que renunciáramos inmediatamente a nuestro cargo y buscáramos otra vocación. Alexander Whyte, describiendo sus paseos de los sábados con Marcus Dods, dijo: “Cualquiera que fuera el tema con el que comenzáramos nuestra conversación, pronto nos dirigíamos, de alguna manera, a Jesús de Nazaret, a su muerte, a su resurrección y su morada en nosotros”. Y a menos que nuestros sermones se dirijan a la misma meta, y lleguen a la misma marca, nuestra elocuencia no sirve para nada, son simplemente un ejercicio inútil.

Oh, la impresionante magnitud y magnificencia de la Palabra de Dios. Nos sentimos como David Livingstone que miró con asombro un continente oscuro y dijo: “¡Oh, las vastas regiones inexploradas de África! Se necesitarán siglos para penetrar en su interior”.

Predicador, piensa entonces con asombro en el gran continente de la Escritura y avanza hacia las vastas regiones inexploradas de la Palabra de Dios. Se necesitará el tiempo de edades interminables para penetrar en su interior. Allí está, un gran continente desconocido con un interior ilimitado esperando nuestro descubrimiento, y nosotros apenas hemos entrado en sus fronteras. ¡Qué Libro! Puede ser que sigamos los senderos que se han abierto, y tal vez encontremos de vez en cuando un viejo sendero que ha sido abandonado, y puede ser que, según nos guíe el Espíritu Santo, encontremos un sendero o dos donde nadie ha pisado nunca. Puede que haya un gran río de verdad esperando a que lo descubramos, o un lago transparente como un espejo de revelación divina que nadie sabía que estaba escondido en las vastas distancias de los secretos hasta ahora ocultos de este Libro revelador de Cristo. Puede haber una montaña nevada y besada por el sol, resplandeciente de gloria redentora, surgiendo en colosal magnitud ante nuestra mirada.

El corazón de este continente de innumerables conquistas llama al hombre de Dios a seguir adelante.

¡Señor, concédenos misericordias en el camino!

## CAPÍTULO 17

# *Compañera y Hogar*

---

Nada es más importante, después de su salvación personal, que la elección de la compañera de vida del predicador.

Para encontrar la compañera adecuada, debe velar y orar. Cuando el estudiante ministerial buscaba consejo para encontrar esposa, el viejo y sabio profesor le sugirió que “orara con un ojo abierto”.

La sentencia de muerte de un hombre o por otro lado, un ministerio exitoso, resuena en el altar del matrimonio.

De todas las experiencias tristes en la vida de un pastor, ¿qué puede ser más patético que un pastor realmente dotado, piadoso y muy amado, sea expulsado de un pastorado tras otro por la lengua afilada e indómita de una esposa temperamental e indiscreta; o que sea expulsado del ministerio por su continua inquietud y resentimiento con su suerte y su vida?

Ningún otro hombre necesita más verdaderamente una esposa que un predicador. Ella es su protección contra la tentación y la censura, su maestra acerca de la relación familiar, su consejera amistosa y más útil, su crítica más amable y caritativa, y su otro yo. Su valor es incalculable, y algunos se han dado cuenta de que la esposa que Dios les ha dado es nada menos que un ángel disfrazado de mujer.

Dios mismo se vio en apuros para describir a una mujer virtuosa. Simplemente la resumió en “El que halla esposa halla el BIEN”; añadiendo que su precio es muy superior al de los rubíes. Ella se convierte en la diadema de la corona del ministerio de un hombre. Aunque a menudo merece más crédito que su marido, rara vez lo recibe. No hay vida más solitaria, más desconocida, más difícil, que la de la esposa del pastor. Su vida, su hogar, su esposo, su tiempo, nunca son realmente suyos.

No pasa mucho tiempo desde que una mujer se casa hasta que de repente se da cuenta de que no se casó con un hombre, ¡se casó con un MINISTRO! Entre los dos hay un gran abismo que a ella le resulta mentalmente difícil para abarcar.

Se espera que la esposa del pastor practique más de lo que su marido predica. Muchas deben hacer hogares perfectos, criar hijos perfectos, vivir vidas perfectas, y hacerlo con sueldos inferiores a los vitales y, a menudo, sin el amor ni la comprensión de los miembros del rebaño.

Con mucho, el mayor sufrimiento de la esposa del pastor proviene de esos sentimientos ocultos en su interior que no pueden expresarse a los demás. No proviene del trabajo externo, ni de las dificultades encontradas, ni de los sacrificios hechos, sino de las cosas que ella siente y ve. Muchas esposas de pastores pueden sonreír con aplomo y dignidad a la gente del pastorado de su esposo, y todo el tiempo estar cubriendo el dolor del corazón roto que lleva.

¡Que no se piense que la esposa del pastor es menos dedicada que su esposo! A menudo ella está dando cada onza de fuerza a la obra del Señor, sólo para ser empujada más allá de su resistencia por miembros desconsiderados de la iglesia. Probablemente nunca ha habido una esposa de pastor que no se haya echado a llorar, convencida de que no puede soportar más la presión. En esos momentos cree que todo lo que ha hecho ha sido en vano. En medio de tal tumulto, la paja se dobla hasta el punto de ruptura, y a menudo se encuentra sugiriendo a su marido que seguramente hay otro aspecto de la obra del Señor que podrían hacer donde podrían ser más felices y apreciados. No la menosprecies, porque se repondrá y se levantará de sus rodillas para secarse los ojos y permanecer al lado de su predicador con renovados esfuerzos.

Piensa en la esposa de Noé. Ella era la esposa del único predicador que Dios tenía en los días en que un mundo malvado se tambaleaba hacia su perdición. Ella permaneció fielmente al lado de su marido predicador, aunque él se sintiera a menudo aplastado por la inutilidad de su ministerio en un mundo que se había olvidado de Dios. Juntos afrontaron el desprecio y el desdén de ciento veinte años de ministerio en un mundo que no prestaba oídos a la palabra de Dios. A pesar de todo, ella permaneció fiel a su marido y a su Dios. Era toda una mujer. Cuando Dios destruyó este mundo, sus hijos eran los únicos que valía la pena salvar (¡los hijos de un predicador!). Superó la tormenta y la inundación sin quejarse, aunque su hogar era una relación inestable con un zoológico apestoso. Vivía, por así decirlo, en dos mundos. Se mantuvo fiel a Dios en el nuevo mundo, aunque Noé cayó en la vergüenza.

Hubo un tiempo en que la mejor persona del mundo era la esposa de un predicador y, si pudiéramos quitarnos las escamas de los ojos para ver las cosas con claridad, descubriríamos que sigue siendo así. La esposa del predicador pertenece a esa bendita compañía de la que se dice que “el mundo no es digno”.

## CAPÍTULO 18

# *Erudito y Estudiante*

---

El predicador que aprende a estudiar y desarrollar la Palabra de Dios siempre tendrá frescura y variedad y no se desgastará. Este es uno de los secretos de los pastorados largos y fructíferos. Cava profundamente en las grandes minas de oro de la Palabra, sacando continuamente cosas nuevas y viejas, y mantén los apetitos mentales de la gente ávidos de alimento fresco de Dios.

Es una desgracia que un predicador se agote en pocos meses, porque la mina de verdad que puede extraer es inagotable.

Ningún predicador ha sido tan grande como para agotar la vasta gama y las profundidades insondables de la verdad revelada. La Biblia es el libro del mundo. Habla apropiadamente y con autoridad a personas de todas las edades, razas y regiones.

Hablemos de textos, temas y mensajes. Hay grandes doctrinas para predicar en toda su gloria y plenitud; grandes personalidades para resucitar de las tumbas del oscuro pasado y hacerlas vivir ante nuestros ojos e inspirar nuestros espíritus decaídos; grandes lecciones históricas para extraer de otros días y naciones muertas que son especialmente necesarias para nuestra época tan enferma con la terrible enfermedad de la riqueza y la mundanalidad, y el olvido de Dios. Hay grandes oraciones calculadas para estremecer nuestros corazones, grandes poemas para conmover nuestras sensibilidades y avivar nuestras almas, grandes confesiones de pecados nacionales y personales que deberían repetirse hoy, y grandes oraciones para elevar desde nuestros corazones contritos. No hay corazón ni necesidad que este Libro no pueda tocar y responder.

La falta de estudio hace que el día del Señor se acerque con pavor. Como el pastor que enviaba los ojos de su imaginación a vagar sobre la pequeña parcela de la que había espigado tan constantemente, lleno de triste asombro en cuanto a dónde debería recoger unas cuantas espigas más para el pan de la próxima semana. No tiene graneros o, si los tiene, están vacíos. Si cultivamos grandes campos, tendremos graneros bien surtidos.

¿Cómo vamos a predicar sobre Amós a menos que vivamos con I en las colinas de Tecoa, formemos parte de su entorno, vayamos con I a Betel y escuchemos el latido de su santo corazón? ¿Cómo podemos adentrarnos en la enseñanza de Oseas a menos que, con el poder de una imaginación vivamente ejercitada, recuperemos su entorno? Debemos cautivar las vistas, los sonidos y las esencias de su libro. O cómo vamos a predicar sobre los tiernos ministerios

del Señor a menos que podamos meternos en la piel del leproso, y mirar a travs de sus ventanas oscurecidas, y encogernos con su timidez, o venir corriendo con l por el camino, y en su misma persona arrodillarnos ante el Señor. Debemos ver a ese hombre, oírlo, sentirlo, serlo.

Se paciente en tu estudio de la Palabra. A menudo se necesita tiempo para que un buen sermón madure para su uso. La debilidad de los predicadores pequeños es que su tiempo está “siempre listo”: los predicadores poderosos tienen largas temporadas cuando saben que su tiempo “aún no es venido”. Pueden retener el mensaje, a veces durante años, hasta que algún día hay un alma en ello, y un movimiento alrededor de ello, que les dice: “la hora es venida .” Cuidado con la facilidad que, si se le da un día de aviso, está lista para predicar sobre cualquier cosa. Dejad que la paciencia haga su trabajo perfecto. La preparación es un proceso largo: los mejores sermones no se hacen, se crecen.

Cuando hayas descubierto una joya, dale el marco más apropiado. Cuando hayas descubierto una verdad, dale la expresión más noble que puedas encontrar.

Pablo amonestó a Timoteo a “ocúpate en leer”. El armario de la oración ha sido llamado el Santo de los Santos del ministro; y su estudio el “Lugar Santo” donde su mente es entrenada para mantenerse al mismo paso con su corazón lleno del Espíritu. La oración y el estudio van de la mano.

El que acepta el llamado al ministerio debe comprender que con ese acto se dedica a ser estudiante de por vida, sin vocación universitaria. Sólo la muerte puede conceder el diploma de graduado.

El pastor que no estudia se hace daño a sí mismo. Lo que primero es tedioso, después será agradable. No hay otro camino, de lo contrario serás un bromista todos tus días, y un maestro insignificante y superficial. Jesús encargó a Pedro “APACIENTA mis corderos”, no las mates de hambre.

Un poder con la gente siete días en la semana y cincuenta y dos semanas en el año, y varios años seguidos, no viene sin sudor de cerebro y aplicación mental intensa.

Un zorrillo cabeza hueca, bonito y elegante puede ser un éxito social por una temporada; un miembro de una logia, un tirador de alambre, un bromista por Jesús puede seguir por un tiempo sin cerebro ni sentido; pero se necesita un hombre de verdad con mente y corazón entrenados para reunir y sostener por una generación una congregación de hombres por la predicación de “Jesu Cristo, y a éste crucificado”.

ALIMENTA a las ovejas. Los hombres tienen hambre del Pan de Vida. Es mezquino y despreciable trillar paja vieja y entregar tamo a las multitudes pobres y hambrientas. El pastor debe recoger el maná diariamente. Debe partir y distribuir a las multitudes hambrientas los panes que su Señor ha bendecido.

Charles Spurgeon estudió en una academia, pero nunca fue a la universidad. Su estudio privado fue su única universidad, y sus profesores fueron los libros que leyó. Sin embargo, pocos hombres, si es que hubo alguno, enviaron más material a la imprenta, o fueron tan leídos o citados.

El Espíritu Santo sencillamente no sancionará la indolencia mental, ni apoyará la ignorancia innecesaria de un ministro, que en esta época de escuelas, libros y oportunidades, es demasiado perezoso para estudiar y aprender.

La espiritualidad y la intelectualidad no son necesariamente opuestas. William Carey era un zapatero inglés que sólo adquirió los rudimentos de la escuela común, pero leía, leía y leía. A los veintiocho años todavía era zapatero, pero a los treinta y tres desembarcó en la India, ¡el primer misionero inglés moderno! Se convirtió en el más erudito y traductor de la Biblia de todos los misioneros de la historia cristiana. Tradujo la Biblia a treinta y seis lenguas de la India. Cuando le felicitaron por ello en su vejez, dijo: “No hay nada extraordinario en ello; no tengo ingenio, pero puedo trabajar duro. Puedo perseverar en cualquier empeño definido”.



## CAPÍTULO 19

# *Consolador y Consejero*

---

Los médicos sostienen la proposición de que las personas enfermas a menudo son ayudadas en gran medida en sus apetitos y actitudes simplemente por un cambio frecuente de la vajilla en la que se sirve su comida. Lo mismo sucede con el ministerio de la Palabra de Dios. Lleva la vieja verdad a los corazones humanos de una manera fresca.

Según el patriarca Job, todo hombre “nace para la aflicción.” Eso incluye a cada miembro de nuestro rebaño. Por lo tanto, es imperativo e inevitable que salgamos de nuestros púlpitos en la sagrada búsqueda del individuo que necesita atención personal. Los problemas no compartidos pueden provocar dolencias físicas y envejecimiento prematuro. Entonces, ¿qué podemos hacer para ayudar a los afligidos? A menudo nos encontramos con que todo lo que alguien necesita es una audiencia comprensiva. No es que necesite nuestra exhortación, sino nuestros oídos.

A menudo la necesidad de la gente es simplemente hablar con alguien; porque un miedo compartido es frecuentemente un miedo destruido. Ser el compañero silencioso nos permite ver las misteriosas obras de la gracia de Dios y cómo el yugo se hace fácil y la carga ligera. Cuán grande y necesario es el ministerio del consuelo y el consejo espiritual. Cuán magnífico es el ministerio de aquel siervo que está lleno de la Sabiduría y la Palabra de Dios. Él es capaz para “consolar a los que están en cualquiera angustia” (II Cor. 1:4).

Nunca olvides la importancia del toque individual. El Buen Pastor dejó a las noventa y nueve para ayudar a UNA pobre oveja descarriada. ¿Nos atrevemos a hacer menos que dar nuestra atención personal? Un predicador que no está en contacto con su pueblo en sus sufrimientos y penas se pierde uno de los grandes medios de aprender a hablarles con efecto. Entra en las profundidades para estar con los desanimados y deprimidos, va a la cámara de la muerte para ayudar a los moribundos, y a menudo recibe más de lo que da. El maestro se convierte en el enseñado.

Spurgeon lo expresó muy bien cuando dijo: “Acérquense mucho a los lechos de muerte; son libros iluminados. ¡Qué espléndidas gemas son arrastradas por las olas del Jordán! ¡Qué hermosas flores crecen en sus orillas! Las fuentes eternas del país de la gloria lanzan su rocío a lo alto y las gotas de rocío caen a este lado de la estrecha corriente. Mientras los que se van se sientan en los suburbios de la Nueva Jerusalén, Dios les susurra al oído y nos cuentan un poco de lo que el Espíritu les ha revelado. Me desprenderé de todos mis libros, si puedo ver a los Elías del Señor montar sus carros de fuego”.

Casi al final de su fructífera vida, Ian Maclaren declaró que si pudiera comenzar su ministerio de nuevo, daría la nota de consuelo mucho más a menudo de lo que lo había hecho. Hacemos bien en recordar que la cantidad de problemas en una congregación promedio es mucho mayor de lo que un espectador poco imaginativo podría suponer. Mientras Dios ponga su imagen en el alma, y mientras los hombres estén inquietos hasta que descansen en Él, tanto tiempo persistirá la tarea del predicador. Como nuestro Señor, hemos sido enviados a este Valle de Baca lleno de lágrimas para “sanar a los quebrantados de corazón”.

Incluso el ciego de nacimiento puede ver que el suyo es un mundo de corazones rotos, hogares rotos y esperanzas rotas. El pecado ha traspasado el muro del paraíso y una manada de desgracias se ha abalanzado sobre nosotros, pisoteando todo lo bello y hermoso. El hombre caído encontró una espada en la misma puerta del Edén, y encuentra una espada esperando en cada puerta. En un esfuerzo por aliviar el dolor de la humanidad y ofrecer orientación y consuelo, muchos han recurrido a la sabiduría de este mundo y a la avalancha de escritos sobre Psiquiatría y Consejería. Parece que los consuelos de Dios se han vuelto pequeños (Job 15:11) y la Palabra de Dios secundaria. Aunque puede haber vías de alivio con mérito, el nuestro es un ministerio de la Palabra de Dios. Y es insuperable.

¡Qué ministerio puede ocupar el lugar de levantar la cabeza de los caídos y desfallecidos para permitirles respirar la fragancia del brezo de las colinas del hogar; o recordar a los solitarios las innumerables huestes de inmortales listos para darles la bienvenida a la compañía eterna; o señalar al alma desamparada que no hay muerte en el país celestial, que ninguna pala de sepulturero hendirá allí el suelo sagrado!

¿Existe un ministerio más grande que el de llevar esperanza al pecador moribundo; declarando con un “así dice el Señor” que sus pecados pueden ser cubiertos, que la sangre del amado Hijo de Dios llega más profundo de lo que ha llegado la mancha? ¿Existe un gozo mayor que establecer los corazones en la fe, asegurándoles que el cielo está a nuestras mismas puertas, que el resplandeciente río de la gracia de Dios, profundo y ancho como los gozos del cielo, fluye en medio del bálsamo y el brillo de cielos rosados de alegría, y que ni una sola lágrima del hombre se mezcla con esas aguas puras?

El hombre de Dios puede llegar a estar completamente preparado para toda buena obra. Puede conocer el gozo de compartir consuelo y consejo, porque sirve al Dios de toda consolación, cuyo nombre es Admirable y Consejero (Isa. 9:6).

## CAPÍTULO 20

# *Las Iglesias y el Cambio*

---

Es aterradora la forma en que algunos determinan la dirección en que les conduce la voluntad de Dios. John Newton pensaba que ni la apertura de la Biblia en una aventura, ni la impresión repentina de un texto, ni una libertad especial en la oración sobre un asunto, ni un sueño oportuno, proporcionaban ninguna dirección fiable. El Señor más bien abre y cierra, derriba muros de dificultad, o cubre el camino con espinas, para aquellos que confiadamente buscan Su guía por medio de la oración. Ellos saben que sus preocupaciones están en Sus manos y temen correr antes de que Él envíe, o demorarse cuando Él dirige un avance.

Cuando un pastorado afluyente queda vacante, generalmente hay decenas de recomendaciones o solicitudes personales para el puesto. Sin embargo, un comité del púlpito a menudo toma meses buscando a un hombre que la iglesia desea para su pastor. La razón es que están buscando a un hombre de Dios con un mensaje de Dios, un hombre con Urim y Tumim, un hombre cuyo corazón esté lleno de entusiasmo espiritual y conocimiento. Una congregación pasará por alto algunas deficiencias e incluso algunas faltas en un pastor si sólo es un buen predicador, con el mensaje de Dios.

¿Debe renunciar un pastor sin otra obra a la que ir? La sabiduría sugiere que se responda a esto desde un punto de vista aeronáutico: ¡es mejor no saltar nunca sin paracaídas! El pan arrojado a las aguas volverá después de muchos días, y hacemos bien en recordar la palabra “muchos”.

Si no se abre ninguna puerta al ministerio inmediatamente, no te rindas. El gran erudito bíblico Marcus Dods esperó seis años antes de que una iglesia lo llamara. Durante ese tiempo predicó, estudió, dominó la Palabra y esperó el tiempo de Dios. Cuando por fin se abrió la puerta, le llevó a toda una vida de fructífero servicio.

A veces se necesita un cambio y el deseo de hacerlo es legítimo. No es el obrero el que busca un escape de su llamado; pero puede surgir alguna crisis personal, puede ocurrir un problema de salud con un miembro de la familia, o una situación se vuelve más insostenible en su ministerio, cualquiera de los cuales puede hacer necesario el cambio. Dios comprende y a menudo considera oportuno llevarnos a otro lugar o ámbito de trabajo.

Aunque oremos fervientemente y busquemos un cambio en nuestra área de ministerio, Dios puede elegir mantener temporalmente todas las puertas cerradas para nosotros. Recuerde que Dios colgó al mundo de la nada, y Él puede ver conveniente

mantenernos colgados en el aire por un tiempo. Nuestros corazones pueden cansarse cuando nada parece “abrirse” y continuamos trabajando bajo una carga agobiante, preguntándonos por qué Dios no hace algo. Pero no debemos cansarnos (desanimarnos) de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos si no desmayamos, y es esta visión extendida lo que más nos sostiene.

Dios está en el negocio de las puertas. Él cierra puertas y también las abre. Hasta Pablo sabía lo que era que le cerraran puertas que parecían una gran oportunidad (Hechos 16:6-7). Descubrió que la puerta que Dios abrió en Filipos era mejor y más provechosa que cualquier puerta que su mano hubiera abierto. Cuando el Espíritu Santo cierra una puerta ante nosotros, podemos dar un sincero Amén y agradecerle por la belleza, la dulzura y la fragancia de su ministerio de estorbo. Él es tanto el que obstaculiza como el que ayuda. Incluso los obstáculos de Dios están llenos de las gracias de Su toque celestial. Podemos llegar a puertas cerradas en nuestro ministerio sólo para encontrar las cerraduras goteando con mirra de dulce aroma cuando nuestro Señor deja evidencias de que Él ya ha estado allí.

A los inmaculados de Sardis, nuestro Señor se reveló como Aquel que abre, y nadie cierra; y cierra, y nadie abre (Apoc. 3:7). Una de las lecciones más difíciles de aprender para nosotros es esperar pacientemente en Aquel que abre y cierra puertas, y estar contentos con nuestro estado y Su tiempo. Mientras esperamos, pronto descubrimos que las presiones de esta generación apresurada agotan nuestra reserva de resistencia, y nos preguntamos si nuestra paciencia sobrevivirá a nuestra situación o a la prueba prolongada.

Pablo sobrevivió a semejante prueba de espera a pesar de la multitud de cambios y obstáculos esperados. El deseo de su corazón parecía cumplido cuando por fin se embarcó en un viaje que se ajustaba tanto a sus objetivos como a sus ambiciones, pero también era un viaje que formaba parte del propósito y el plan de Dios para él. Como Dios le había prometido que daría testimonio en Roma, Pablo comenzó su viaje ansioso y confiado en que su llegada a Roma sería pronto una realidad. Sin embargo, en ese importante rumbo divinamente planeado, el gran predicador de Dios “NAVEGANDO MUCHOS DÍAS DESPACIO” (Hechos 27:7). Vientos contrarios soplaban a través de las profundidades, impidiendo su progreso y haciendo imposible seguir un rumbo recto. A veces, parecía que Pablo nunca llegaría a Roma.

La mayoría de nosotros nos damos cuenta de que nuestros deseos más santos y nuestras ambiciones más elevadas sólo se alcanzan y realizan tras una larga y dolorosa espera. Aunque

oramos pidiendo la guía y la bendición de Dios, y sentimos que vamos en la dirección de Su voluntad, las cosas se mueven tan lentamente a veces. Nos resulta difícil ser pacientes cuando nuestro Señor permite que vientos contrarios frustren el curso y el progreso de nuestro barco. La inquietud se apodera de nosotros. Nos inquietamos y nos impacientamos ante los pasos pausados de la Soberanía. Encontramos dificultad en aceptar la voluntad de Dios de “NAVEGAR MUCHOS DÍAS DESPACIO “. Aunque el curso establecido ante nosotros pueda implicar muchos cambios, ten la seguridad de que Dios siempre es puntual con respecto a Su horario, y Él se encargará de que alcancemos nuestra Roma a tiempo.



## CAPÍTULO 21

# *Vitalidad y Visión*

---

Cuán sensible es el órgano de la percepción espiritual, y cuán vigilante tiene que ser guardado si el predicador ha de conservar su vitalidad y su visión de las cosas más profundas de Dios. Uno puede encontrar en su ministerio que un mal temperamento puede hacerlo ciego a las cosas espirituales. Puede descubrir que los celos pueden escamar sus ojos hasta que los cielos no dan luz. Puede descubrir que las cosas insignificantes pueden levantar una nube terrenal entre él y las colinas de Dios. Puede descubrir, al entrar en su estudio, que su condición moral y espiritual exige su primera atención. Los cielos pueden haberse vuelto como latón. El Evangelio de Juan puede parecer un desierto sin ventura ni rocío. Puede descubrir que cuando su espíritu está deteriorado, su Biblia y sus libros son sólo como tantos anteojos detrás de los cuales no hay ojos; ¡no tiene vista!

La única garantía segura para mantener la percepción y el poder espirituales es poner al Señor siempre delante de nosotros. Eso hace toda la diferencia. Sabemos que podemos soportar todas las cosas si vemos a Aquel que es invisible, y debemos verlo si nuestra gente ha de verlo. Se nos ha encomendado predicar a Cristo, pero la inmensidad de esa encomienda nos tambalea. Desafía cualquier intento del hombre mortal. Describir a este Eterno, a esta Rosa de Sarón, a este Lirio de los Valles, es como estar de pie a la orilla del océano con la tarea imposible de sumergir el océano seco un puado a la vez. Es como zambullirse en el mar de Su sublime belleza, llenar nuestras manos de adjetivos y luego vadear la orilla y verterlos en un intento de retratar adecuadamente a Aquel que es totalmente hermoso, y luego sumergirse de nuevo en ese mar insondable, mientras todo el tiempo ese océano parece crecer más y más y nuestras manos más y más pequeñas.

Debemos verle, pero no hay mente moral en ninguna raza o reino que posea la capacidad de describir o de declarar las glorias del Hijo de Dios. Su poder y Su majestad son totalmente inconcebibles. Salomón dijo: “el cielo y el cielo de los cielos, no te pueden contener” (I Reyes 8:27). Podemos buscar en la literatura y en los léxicos, en las encíclicas y en las enciclopedias sólo para descubrir la insuficiencia de las lenguas de los hombres; Él está más allá de las “palabras”. Él es en verdad el don “inefable”. Los artistas no pueden representarlo, los poetas no pueden describirlo, los banqueros no pueden evaluarlo, la Tierra no puede igualarlo y los ángeles del cielo no pueden compararse con Él. A pesar de todo, podemos “Verle”.

Si el hombre de Dios ha de lograr la permanencia, debe ver lo permanente, lo eterno, lo invisible. Debe mirar, no con sus ojos, sino con su alma. Como Moisés, debe permanecer como si viera a Aquel que es invisible. Moisés miró con sus ojos y vio Egipto, su poder, su riqueza, su esplendor, y a sí mismo como el heredero aparente de su trono. Un hombre ordinario no habría mirado más allá. Lo “visto” habría sido suficiente, pero Moisés miró más allá de Egipto hacia el reino que se avecinaba; lo vio a ÉL, el Dios invisible cuyo trono era eterno y cuya autoridad era suprema. Al ver lo invisible, su corazón latió más deprisa, y rechazó lo inmediato por lo imperecedero. Aquella visión le infundió valor. Salió de aquel palacio, abandonó la ambición mundana y, mirando hacia el desierto, comenzó un ministerio de por vida en el que perduró porque LE VIÓ a ÉL, que es invisible.

Moisés había tomado la mirada que perduraba. Era la mirada que le daba visión y vitalidad permanentes. El registro divino (Deut. 34:7), cuando habla de Moisés al final de su ministerio terrenal, dice: “sus ojos nunca se oscurecieron” (ahí está su VISIÓN), “ni perdió su vigor” (ahí está su VITALIDAD). La visión se menciona en primer lugar, porque fue la visión la que dio a Moisés la vitalidad. Los poderes combinados de este mundo no eran rivales para este simple pastor con nada más que una vara en su mano y una visión en su corazón. Moisés había visto lo que Faraón no había visto, y por eso resistió. Fue el VERLO lo que marcó la diferencia. Esa visión del Invisible hizo de Moisés el creador de una civilización, el líder de una nación y el pastor de un pueblo. Es esa visión la permite al hombre de Dios soportarlo todo y seguir caminando por fe.

## CAPÍTULO 22

### *Presente y Perspectiva*

---

Los hombres de Dios han descubierto pronto que la predicación no siempre es popular; que más a menudo es peligrosa. El hombre natural no aprecia oír esa Palabra hablada que quita la máscara de la moralidad y expone el modo de vida contrario a la justicia de Dios. En tiempos del Antiguo Testamento, los falsos profetas, los sacerdotes, los plutócratas y los potentados se amargaron contra los que venían predicando la responsabilidad personal y nacional ante Dios. La tradición dice que Isaías fue aserrado, Jeremías sufrió vilipendios indecibles, Amós fue expulsado de Israel por Amasías, sacerdote de Betel, y Juan el Bautista fue encarcelado y finalmente decapitado.

El mundo impío no ha cambiado para mejor y sigue siendo que se requiere convicción, carácter, valor y compromiso para predicar a una generación malvada deseosa de preservar su conformidad y vivir en rebelión al Dios Altísimo. Uno puede ser amenazado como Pedro, encarcelado como Pablo, desterrado como Crisóstomo, martirizado como Savanarola, excomulgado como Lutero, negado el uso de los púlpitos como Juan Wesley, o ser víctima de los celos como un número multiplicado de predicadores de éxito.

Se necesita convicción para sostener la verdad cuando los tiempos la desprecian. Hace falta carácter para seguir sirviendo fielmente cuando otros abandonan sus púlpitos hartos de la apatía y el maltrato de aquellos a quienes sirven. Hace falta valor para servir a una congregación cuando tienes que tapar las cosas con una mano y al mismo tiempo hacerlas avanzar con la otra; cuando los críticos ruidosos y los que buscan culpables salen de la nada para alzar sus voces contra ti, y los inactivos aparecen para armonizar en el coro. Se necesita compromiso cuando no tienes seguridad a la vista, tu salud se desvanece rápidamente y tu esposa llora constantemente por tu continua crucifixión.

Quizás Dios ha llamado a algunos a pasar por el horno de fuego siete veces más caliente, o por la conspiración del infierno han sido forzados por manos malvadas a la fosa de los leones hambrientos. Tal vez cuando parecía no haber explicación adecuada, y el corazón apesadumbrado clamaba por una respuesta, el precioso Espíritu de Dios hizo que el ojo de la fe viera más allá del presente hacia el futuro, y allí se dio una revelación en lugar de una explicación. El espíritu y el alma revivieron para decir: "Que venga la enfermedad, que venga la pobreza, que vengan las

penas, que asalten las tormentas, que todo el infierno se mueva contra nosotros, AHORA vemos a través de un cristal oscuro, PERO ENTONCES cara a cara. AHORA conozco en parte, PERO ENTONCES conoceré como también soy conocido”.

¡Tenemos tal revelación! Aunque las sombras se alarguen, y la larga noche se asiente, y aunque los pies de nuestros hijos caminen descalzos por el suelo, y aunque sus estómagos estén vacíos y las alacenas desamparadas, y aunque los amigos nos hayan abandonado y los dardos de fuego sean lanzados desde todas partes, y aunque diez mil críticas se alcen contra nosotros, y la daga envenenada haya entrado por nuestra espalda, “Y SABEMOS, que todas las cosas obran juntamente para el bien a los que a Dios aman, a los que según su propósito son llamados.”

¿Vale la pena? ¿Vale la pena seguir trabajando cuando parece que no hay resultados, seguir ministrando cuando parece que no se está logrando nada duradero, seguir viviendo de acuerdo con la verdad cuando la mentira parece ser la dueña del día? ¿Vale la pena trabajar y sembrar en una tierra que permanece estéril e insensible? Sí, vale la pena, porque eso es hacer el bien.

Vale la pena todo en esta vida presente, y valdrá la pena todo en la vida venidera. Valió la pena para los que sirvieron antes que nosotros, y valdrá la pena para los que sirvan después de nosotros. Valdrá la pena para aquellos siervos de Dios a quienes el mundo les dio la espalda, los llamó escoria de todas las cosas y les negó el menor reconocimiento. Valdrá la pena por aquellos que lucharon, cansados y agotados, junto al arroyo Besor, que siguieron adelante cuando no tenían ganas de seguir, que se aferraron al deber a pesar del dolor de cabeza y de corazón, que permanecieron fieles en lo común, trabajando a menudo sin distinción y en la oscuridad. Merecerá la pena, porque pronto llegará el día de la recompensa, cuando el glorioso Hijo de David repartirá personalmente entre nosotros las guirnaldas de gloria, las coronas inmarcesibles, los cetros resplandecientes, los tronos y los reinos. Vale la pena, porque sabemos que ¡vuestro trabajo en el Señor no es en vano!

Mantengámonos, pues, firmes, inmovibles, abundando siempre en la obra del Señor. No olvidemos las maravillosas maneras en que Dios ha obtenido para nosotros grandes victorias en el campo de batalla. Como Samuel en Mizpa, levantemos nuestro Ebenezer y declaremos: “Hasta aquí nos ayudó el SEÑOR”.

Dentro de poco estaremos en la orilla del Jordán y recordaremos nuestra vida de servicio, como Moisés cuando estuvo en las solitarias alturas de Nebo y vió la tierra de la Promesa y se despidió

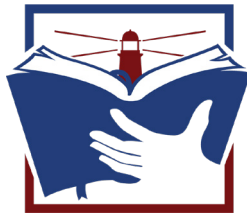
para siempre del desierto. Que podamos resumirlo todo en ese día, como lo hizo el apóstol Pablo cuando pensó en los treinta años de ministerio más memorables que cualquier ser humano haya tenido el privilegio de experimentar, y decir: “He peleado la buena batalla; Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo”.

Sigamos adelante con esa visión de cosas mejores ante nosotros, animados por esa inmortal nube de testigos, la ilustre compañía de los santos con quienes, por la gracia de Dios, somos contados. Nuestras perspectivas son cada vez más gloriosas. Este mundo presente puede ser soportado; no es más que nuestra prueba con lo transitorio. Ya casi hemos terminado con I. Sin embargo, “Porque nuestra leve tribulación, que no es sino por un momento, obra por nosotros un peso de gloria inconmensurablemente grande y eterno:”

¿Que son los trabajos y las pruebas temporales, y las breves batallas con los toros de Basán, cuando se comparan con los placeres eternos a la diestra de Dios? Un momento en la presencia de Aquel que nos llamó con un Santo llamamiento compensará con creces los inconvenientes e impedimentos del presente pasajero.


Dejemos, pues, a un lado todo lo innecesario, ¡y prediquemos! Predicad la Palabra. Predicad la cruz y a Cristo. Predicad fielmente a tiempo y fuera de tiempo. Predicad sin cesar: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe; el cual por el GOZO... ¡SUFRIÓ....!”

Impreso por:



— Impresoras —  
**Bautistas B\u00edblicas**

Para pedir m\u00e1s copias, env\u00eda un correo electr\u00f3nico a  
**[thekingstomexico@gmail.com](mailto:thekingstomexico@gmail.com)**  
o env\u00eda un mensaje a

 (462) 234-8659

Traducido por:

**Evangelio**  
Librería Bautista

*Tel. o Whatsapp: (MX) +52 462 346 6500*

*Correo: [libreriabevangelio@gmail.com](mailto:libreriabevangelio@gmail.com)*